

LETRAS REGIONALES



REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS
Año IV REGIONES DE ESPAÑA Núm. 39



UN ANUNCIO COMO ESTE
sólo costará a los suscrip-
tores **DIEZ PTAS.** al año
incluido el timbre

Jesús Meseguer Manresa
Agente de Informes
Acepta representaciones
Callosa de Segura (Alicante)

TEATRO LARA
Corredera Baja, 15 y 17
Teléfono II-631 MADRID

"Cicatrizante Riego"
INFALIBLE Y RAPIDO
Es también antiséptico
(Véase prospecto)

PIDASE EN FARMACIAS Y DROGUERIAS
Depósito en León:
Farmacia de Escudero
En Oviedo:
Droguería de R. Ceñal

Fructuoso Fernández Risco
Comisiones y Representaciones se admiten de casas serias.
Orellana la Vieja (Badajoz)

Farmacia Vegas Fabián
Cañaveral (Cáceres)
Los medicamentos que se emplean en esta Farmacia proceden de los más acreditados laboratorios alemanes.

JORGE SEGUÍ
Comisionista
Santo Tomás, 31 Alcoy

«LA FAVORITA»
Gran torrefacción de cafés y fábrica de chocolate
Víctor Plasencia Sancho
Cañaveral (Cáceres)

Ignacio Sánchez Gómez
Constructor de carros y barcas a precios convencionales
Orellana la Vieja (Badajoz)

Gran Balneario LA SALUD
Onteniente (Valencia)
Temporada desde el 1 de Mayo al 31 de Octubre.—Aguas únicas para enfermos crónicos del estómago, hígado y diabetes.—Hotel confortable a la moderna. Pensión de 8 a 25 pesetas.—Recreos, grandes pinares, radio, campo de tennis y cine.
Parador de San Pedro

MUEBLES
Juan Andújar
Gutiérrez de los Ríos, 23
CÓRDOBA

Lo más eficaz y económico contra los insectos que atacan a los árboles y plantas es

TRISTAN
del
Laboratorio Calatrava
Campanario (Badajoz)

ESTUDIAD
ARMONIA POR CORRESPONDENCIA
dirigiéndose a
J. Sánchez Ruiz Plasencia (Cáceres)

JARABE BENZOSOL
Es el específico preferido por los enfermos de vías respiratorias.

PHOSFARSENSTRIGNOL (Ampollas)
Excelente reconstituyente compuesto de glicerofosfatos con arrenal y estircnina.—
Anemias.

“EL PASIONARIO,”
Revista mensual dirigida por PP. Pasionistas.
DOS EDICIONES AL MES
La más económica y única en España en su género.
No debe faltar en el hogar cristiano.
SANTANDER.—Apartado, 67.

CASTILLO
FOTÓGRAFO
ALMENDRALEJO (Badajoz)

PREPARACIÓN
Capitanes.—Pilotos.—Maquinistas
Por don A. JAUDENES, capitán de corbeta, y don L. LALLEMAN, teniente de navio.
Conde O'Reilly, 4 **CADIZ**

SAL FACI
Verdadero específico contra la BACERA del ganado. Cuarenta años de éxito completo, confirmado por numerosísimos ganaderos de toda España.
Venta en Farmacias y Droguerías.—Depósito general: Farmacia de Faci.—**ZARAGOZA**

Barbería Higiénica
de Angel Capilla Usero
Especialidad en corte de melenas a lo Garçon
Orellana la Vieja (Badajoz)

Almacén de Música
Pianos Instrumentos
Música impresa y perforada

Manuel Sáiz
Romero, 1
ALCAZAR (Ciudad Real)
Pida catálogos gratis

Gotas Antiapopléticas
MARTINEZ
Medicación insustituible para evitar y curar la apoplejía (feridura)
Son de tan buena eficacia, que hoy día las usan muchas personas de ambos sexos que rebasan de los 50 años, a fin de no ser víctimas de la terrible apoplejía

Frasco con medicación para más de seis meses
Precio: 25 pesetas
De venta:
Farmacia E. Coma, San Rafael 2 esquina Robador
Nota—Anticipando el importe de 26 pesetas por giro postal, se remite por correo certificado

Se venden 1.500 arrobas de lana blanca y 800 negra
Informes:
EDUARDO CALZADA CALLES
Logrosán (Cáceres)

FRUCTUOSO NIETO CORRALIZA
COMERCIO
Orellana la Vieja (Badajoz)

RICARDO PEREZ LASSALETA
Abogado en ejercicio
Avenida Méndez Núñez, 8
ALICANTE

Laxonutreina :: Nutreina :: Eunutreina :: Rizonutreina

LOS MEJORES ALIMENTOS PARA NIÑOS Y CONVALECIENTES

Contra envío de 14 pesetas, enviamos cuatro latas grandes de cualquiera de los cuatro productos.

SOCIEDAD ESPAÑOLA "NUTREINA".—CARDENAL CISNEROS, NUM. 62.—MADRID

LETRAS REGIONALES

Revista Mensual Ilustrada

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

NOVELAS, CUENTOS, LEYENDAS, POESÍAS, HISTORIA LITERARIA, CRÍTICAS, PÁGINAS FEMENINAS, FOLKLORE, CRÓNICAS, SECCIÓN «LITERATOS NUEVOS», CONCURSOS, BIBLIOGRAFÍA, ETC., ETC.

— Director: **S. Ramos Almodóvar** —

COLABORADORES

Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, R. Alcover, G. Alvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, Constantino Cabal, Santiago Camarasa, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Mateo Cladera Palmer, Antonio de Cora, Juan Luis Cordeiro, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golterichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Ignacia de Lara, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Ratael Pamplona, A. Pelairea, José M.^a Femán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porras, Emiliano Ramirez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, José Romero Cuesta, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Maese Luis, número 22.- CORDOBA (España)

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN ANUAL, CON DERECHO A UN GRAN REGALO DE LIBROS:

En España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

NUEVAS OBRAS DIDÁCTICAS

DEL

DOCTOR ORESTES CENDRERO

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE SANTANDER

Si necesita adquirir libros de estas asignaturas, pida antes a su librero que le enseñe las aquí anunciadas, compare con las que V. conozca y luego decida: seguramente no comprará otras.

- Elementos de Anatomía y Fisiología 7.^a edición.—364 págs., 256 figs.—12 ptas.
Elementos de Higiene 7.^a edición.—204 páginas, 128 figuras.—6 pesetas.
Geología 5.^a edición.—240 páginas, 460 figuras.—8 pesetas.
Botánica 5.^a edición.—248 páginas, 618 figuras.—9 pesetas.
Zoología 5.^a edición.—290 páginas, 800 figuras.—9 pesetas.
Nociones de Anatomía, Fisiología e Higiene 6.^a edición.—238 páginas, 260 figuras.—8 pesetas.
Nociones de Historia Natural 5.^a edición.—344 páginas, 1.157 figuras.—12 ptas.
Trazos de Higiene Moderna (36 folletos).—La colección, 12,85 pesetas.

BACHILLERATO ELEMENTAL

- Lecciones de Historia Natural acomodadas al Cuestionario Oficial, con más de 500 figuras.—14 pesetas.
Lecciones de Anatomía, Fisiología e Higiene acomodadas al Cuestionario Oficial, con 254 figuras.—16 pesetas.
Prácticas de Anatomía Fisiología e Higiene (con la colaboración del profesor doctor E. Rioja), con 128 figuras.
Clave Mineralógica (con la colaboración del profesor doctor J. Royo), con 20 figuras y 12 sólidos desarrollados.—3 pesetas.

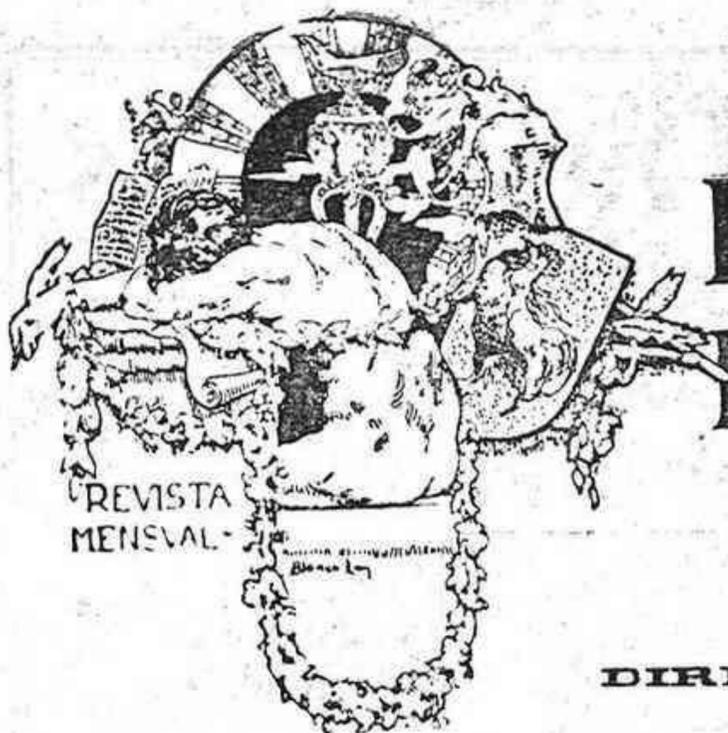
BACHILLERATO UNIVERSITARIO

- Biología, con la colaboración del doctor E. Rioja, catedrático de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio.—454 páginas, 637 figuras.—30 pesetas.
Elementos de Geología, con la colaboración del doctor Fernández Navarro, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid y autor del Cuestionario Oficial de dicha asignatura.—624 páginas, 487 figuras.—32 pesetas.
Prácticas de Mineralogía y Geología, con la colaboración del doctor J. Royo, profesor de los cursos prácticos de Mineralogía y Geología del Museo de Ciencias Naturales.—300 páginas, 418 figuras, 60 sólidos cristalográficos desarrollados.—15 pesetas.
Prácticas de Biología, con la colaboración del profesor doctor E. Rioja.—236 figuras.—15 pesetas.

A todos los alumnos del Bachillerato Universitario que obtuvieran sobresaliente y matrícula de honor, pregúnteles por qué obras se prepararon.

La impresión de las obras que no tienen puesto el precio terminará el 25 de septiembre, a partir de cuya fecha se pueden hacer los pedidos.

De venta en todas las buenas librerías, pero de no encontrarlas donde reside, pídalas al doctor Cendrero.



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES EN
TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

AÑO IV

SEPTIEMBRE DE 1928

Núm. 39

MONUMENTOS CATALANES

LA GRAN NAVE ÚNICA DE LA CATEDRAL DE GERONA

POR SALVADOR SEDÓ

La nave única de la Catedral de Gerona es, por su amplitud, un prodigio arquitectónico sin par en el mundo.

Penetremos en el interior de aquel sacro recinto. Bruscamente, mas con brusquedad agradabilísima, quedamos maravillados. Transcurren unos instantes sin que acertemos a balbucir una exclamación de asombro; apenas si logramos proferir algún simple monosílabo admirativo... Pero revelamos nuestro excepcional sentir mediante un suspiro lento y fatigoso, cual si gravitara sobre nosotros, como si pesara sobre nuestros hombros tanta inmensidad. ¡La gran nave, la tremenda nave! Osadía sapien-tísima del arquitecto Guillermo Boffiy. Creación pasmosa que subyuga y atemoriza.

La fábrica de la Catedral de Gerona en su parte trasera, que es la más antigua—si bien sólo data de comienzos del siglo xiv—, resulta ser del tipo corriente entre nuestras principales catedrales góticas: tres naves, girola, capillas circundantes y el ábside. Pero el resto de la construcción, esto es, desde

el principio de la Capilla Mayor hasta el imafrente, ofrece la privilegiada característica de ser obra única en España y poseer gran preeminencia sobre las similares de otros famosísimos templos extranjeros.

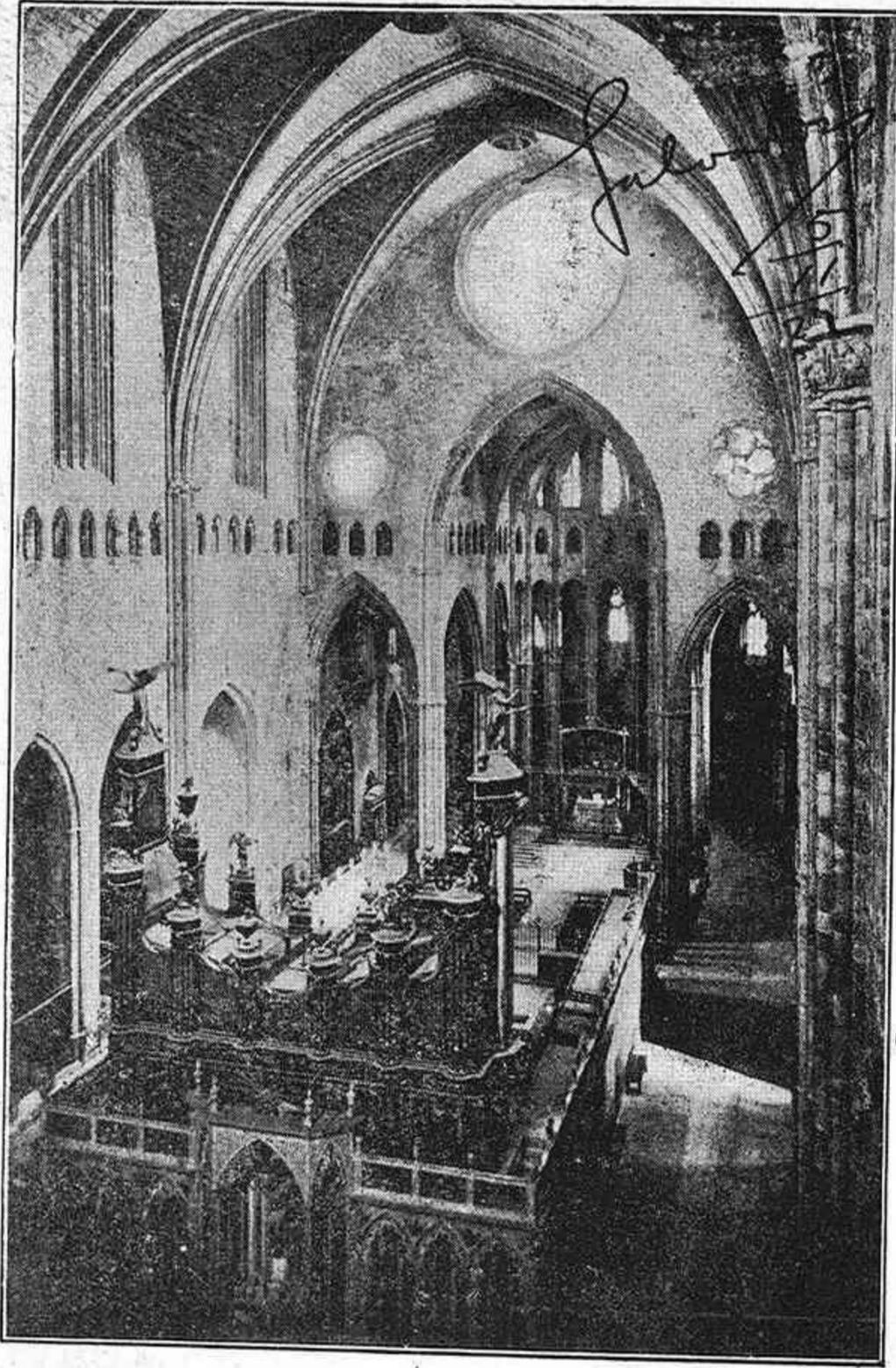
Para la edificación de esta parte de la iglesia, el antes citado arquitecto Guillermo Boffiy, en el año de 1416, presentó al Cabildo catedralicio su proyecto de construir una sola nave que tuviera una amplitud igual a la que sumaban las tres naves primitivas existentes. Plan éste sumamente atrevido, en el orden técnico, que el Cabildo entendió debía antes someter al examen minucioso de los más expertos arquitectos catalanes, como así se hizo, y a quienes se pidió una contestación individual y escrita a un detenido formulario confeccionado adrede. Al fin, tras extensas discusiones, la magnífica idea de Boffiy prevaleció, y así, un año después recibía de parte del Cabildo el hermosísimo encargo de llevar a la realidad su audaz propósito. Y Guillermo Boffiy triunfó; triunfó construyendo la nave única más am-

plia del mundo, sin resultar exagerada ni forzada, antes bien, demostrando toda ella una severa armonía de líneas y una magistral perfección de conjunto.

Dicha nave mide de ancho nada menos que 22,80 metros, por 51 de largo y 34 de

portantísima, una joya arquitectónica de mérito enorme y de un valor técnico incalculable, la nave mayor de la Catedral de Gerona.

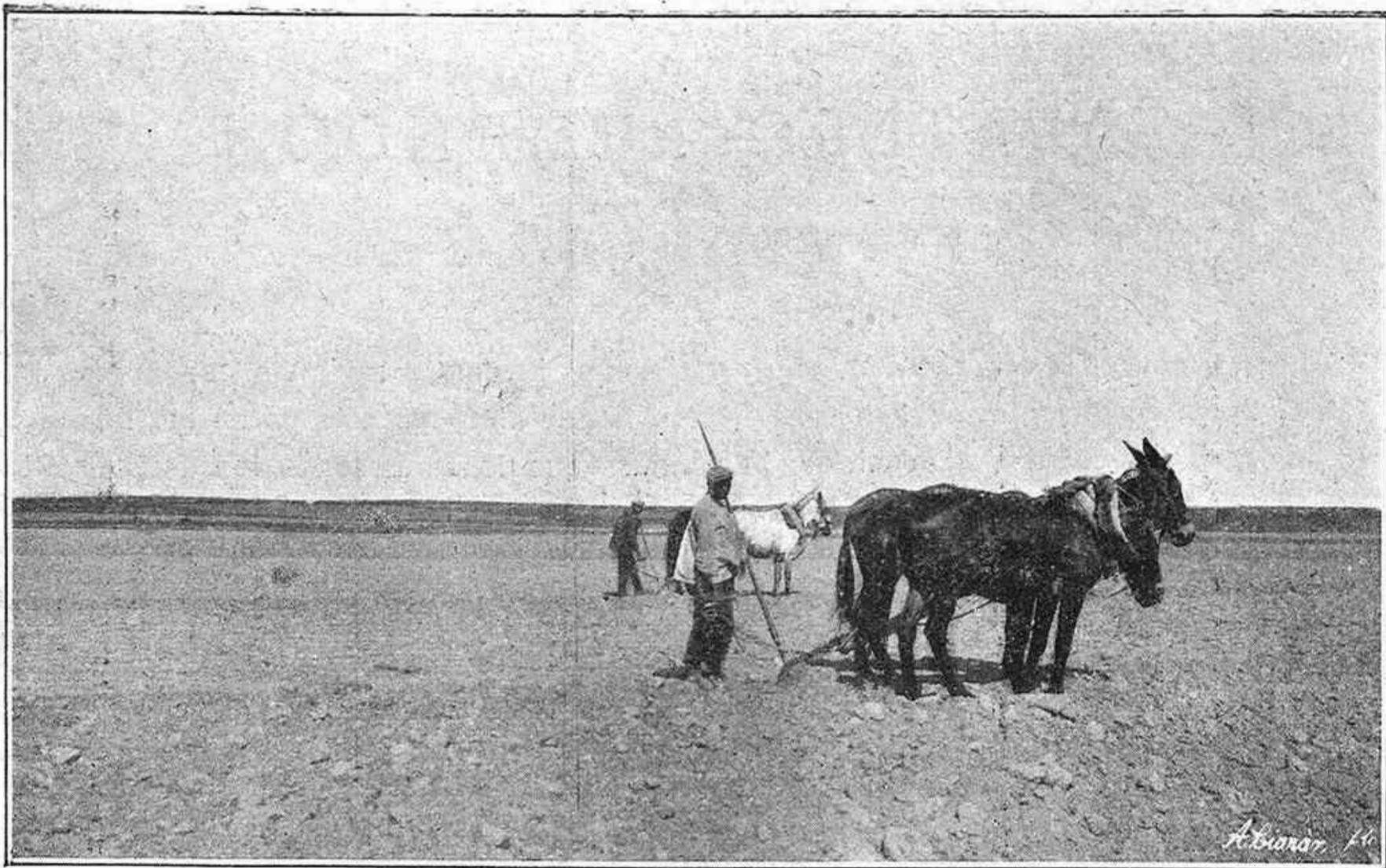
Situémonos dentro del perímetro que ocupan los sitios del coro. Alcemos los ojos



alto. Para establecer comparación citaremos la Catedral de Toulouse, que, si no vamos mal informados, ocupa en tal aspecto el segundo lugar, con una anchura de 19,20 metros, o sea 3,60 menos que la gerundense. Y en cuanto a templos de más de una nave, la famosa basílica de Ntra. Sra. de Amiens, que es la más vasta de Francia, alcanza de amplitud unos 15 metros su nave central. Es, pues, huelga decirlo, una creación im-

hacia aquella grandiosa urna, que nos cobija con sus dilatadas bóvedas de crucería, cuyos nervios parece no terminan nunca. Experimentaremos una indefinible emoción de entusiasmo y pavor a un mismo tiempo, como no nos ocurrirá en templo alguno. Una sensación de prodigiosa inmensidad, de infinito, que pasma y abruma, que nos deleita y aturde, confundidamente...

SALVADOR SEDÓ



P O S T A L E S

DETRÁS DE LA YUNTA

La tregua ha sido corta. Siempre son cortas las treguas que se abren en las vidas hechas a los afanosos trabajos obligatorios. No hacía aún muchos días que pudo el labrador encerrar el fruto de sus honrados sudores en el granero, y sin tiempo casi de acabar de echar las cuentas, tantas cuentas como esperaban la bendición de las cosechas, ya el cielo comenzó a teñir sus intensos azules luminosos con las grandes manchas negruscas de los nubarrones otoñales.

Desaparece la blancura infinita de las rastrojeras, agóstanse las hojas en los árboles que fueron palio de divinas frescuras en las siestas achicharrantes, y en los suelos ábrense grietas de sed y de fecundidad en espera de los rocíos y aguaceros.

Un viejo labrador ha escrutado el horizonte con sabias pupilas expertas y ha tendido sus callosas manos, en ademán de sacerdote oficiante, para recibir sobre ellas los primeros goterones de la lluvia.

Alerta, alerta otra vez. A rejuntar los aperos de los arados: las cuñas, los dentales,

los estevones, las aguzadas rejas... A cribar el mejor trigo para la simiente, que, como otra lluvia de promesas doradas, caerá en el regazo maternal de las hazas barbechadas.

Ya «huelen las tierras húmedas a tierra de sementera».

Equipada la yunta, toma, labrador, las riendas humildes y gloriosas de tu gobierno. El puño de la esteva reluce bruñido como si fuera de marfil. La punta de la reja tiene fulgores de lanza de batalla. Hay en las orejas afiladas de los mulos un reto de desafío. En el ambiente oscuro y triste se escucha sagrada la voz de la maternidad triunfante. Parece que los pájaros conocen esa voz misteriosa, y, muy alto, suben las alondras para traducirla como un rezo de trinos milagrosos.

Labrador: humillado en el surco, haz que suban a los cielos anubarrados la alegría luminosa de una copla. Coge las gloriosas riendas de tu gobierno detrás de la yunta, labrador.

JOSÉ DE ORELLANA

EL ZAPATERO REMENDÓN

POR SANTIAGO CAMARASA

Es curioso, y grato a la vez, contemplar estos tipos reciamente españoles, hombres laboriosos y fuertes, a pesar de

Existen en bastantes regiones españolas —pero donde abundan más es en las dos Castillas— que tienen de todos los detalles



ser viejos la mayoría, que resisten las rudezas del sol en los meses de verano y las del frío en el crudo invierno, trabajando sin la menor dificultad en tales temperaturas.

y no podía faltar éste, tan típico e interesante.

En los barrios humildes y en sus puntos más estratégicos, instálense estos talleres

económicos de calzado, donde se hacen toda clase de *chapuzas* garantizadas. La seriedad del establecimiento responde del trabajo.

Los dueños, maestros, oficiales y aprendices, todo a la vez, todo en una misma persona, tienen una escogida parroquia, de toda la vida, a la que atienden no sólo con encargos de su negocio, sino con otros particulares.

La *envidiable* situación del taller les permite observar todo lo que pasa en la calle y en las casas de la misma, sabiendo de la vida y milagros de todos los vecinos y aún de los que no lo son.

Atienden a las viejas y a las mozas, a los abuelos y a los muchachos; tienen para todos su frase, su broma.

Este es su sistema, el procedimiento para hacer parroquia, para acreditar el establecimiento.

Lo lógico sería trabajar bien, que así lo hacen la mayor parte de ellos, pero tanto o más influye esto de la *coba*; ellos lo saben y lo practican con toda devoción.

Al fin es uno de los tantos procedimientos empleados por los más, de todos conocido, pero sin demostrarlo tanto.

Estos industriales, humildes y laboriosos, son más sinceros; ellos, con sus parroquianas y parroquianos, más con las primeras,

no pueden tener secretos, lo que constituye otra ventaja, otro atractivo de la tienda, que no todas poseen.

Es sumamente interesante y curioso todo su mobiliario: todo minúsculo y legendario, destacándose principalmente su gran quitasol—éste no minúsculo, pero sí legendario—, que tiene características especiales para los meses de verano y, tanto o más, para los de invierno.

Sirve a la vez para las dos defensas.

Su sentido práctico y económico, quizás este último algo obligado, es excepcional en todo.

Son verdaderamente admirables en todos sus detalles, en todo el proceso de su vida.

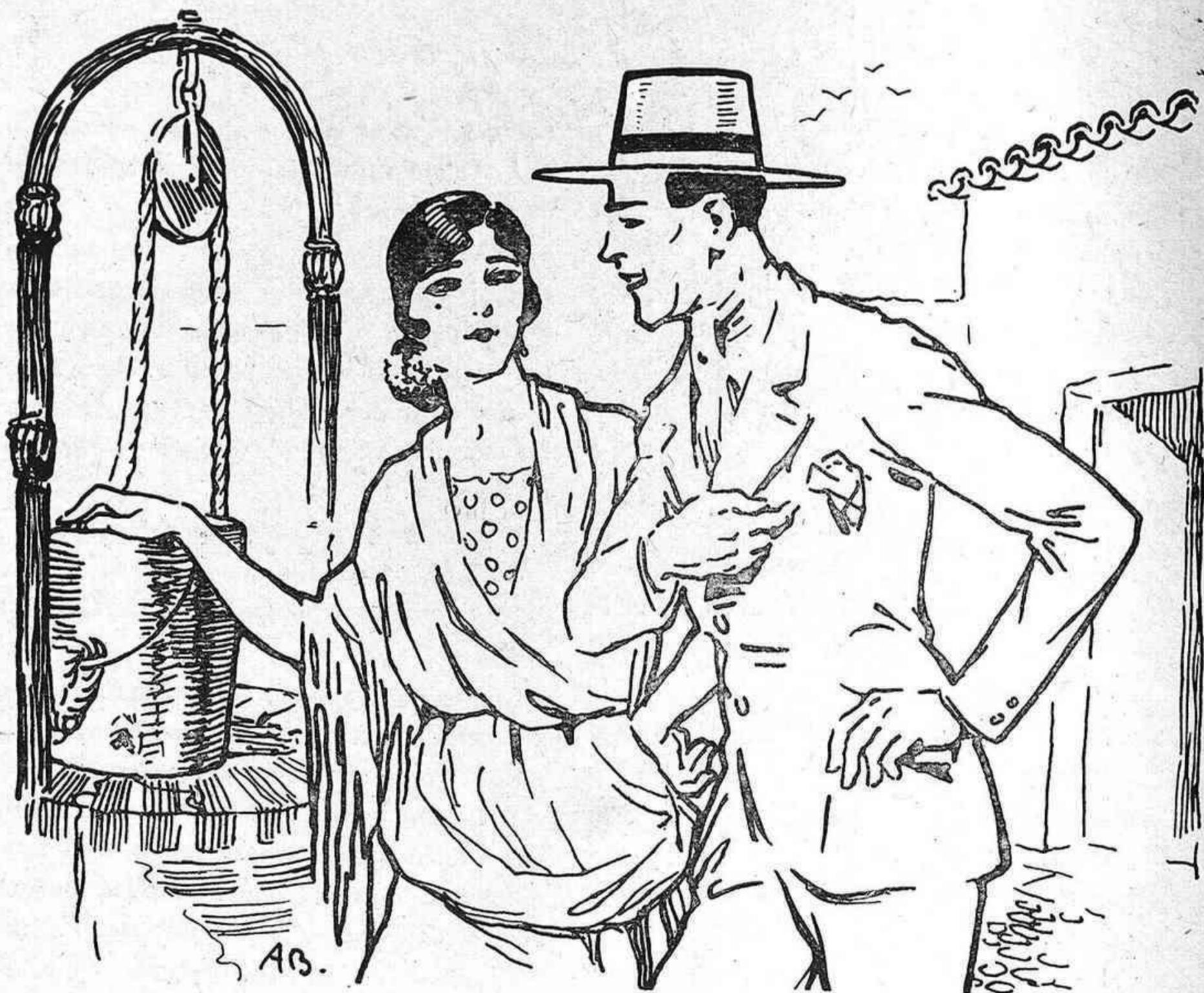
Estos hombres, tan vulgares en apariencia, dan una edificante lección a los demás, a todos los que nos entregamos a la vertiginosidad de estos tiempos, a todos los que somos dominados por la materialidad absurda, pero real, de nuestra época.

Son el más alto ejemplo de laboriosidad, de resistencia, de constancia; toda su vida pasada en el mismo sitio, ofrecida, y gastada, al mismo ideal... vivida con las mismas palabras, con los mismos hechos, con las mismas emociones...

SANTIAGO CAMARASA

Envío fotográfico del autor.





CUANDO EMPIEZA EL AMOR

HA pasado por el patio el vecino marchoso y pinturero. Ha pasado ya varias veces, y varias veces también ha encontrado junto al brocal del pozo a la guapa vecinita, gentil, frívola en sus movimientos como una mariposa.

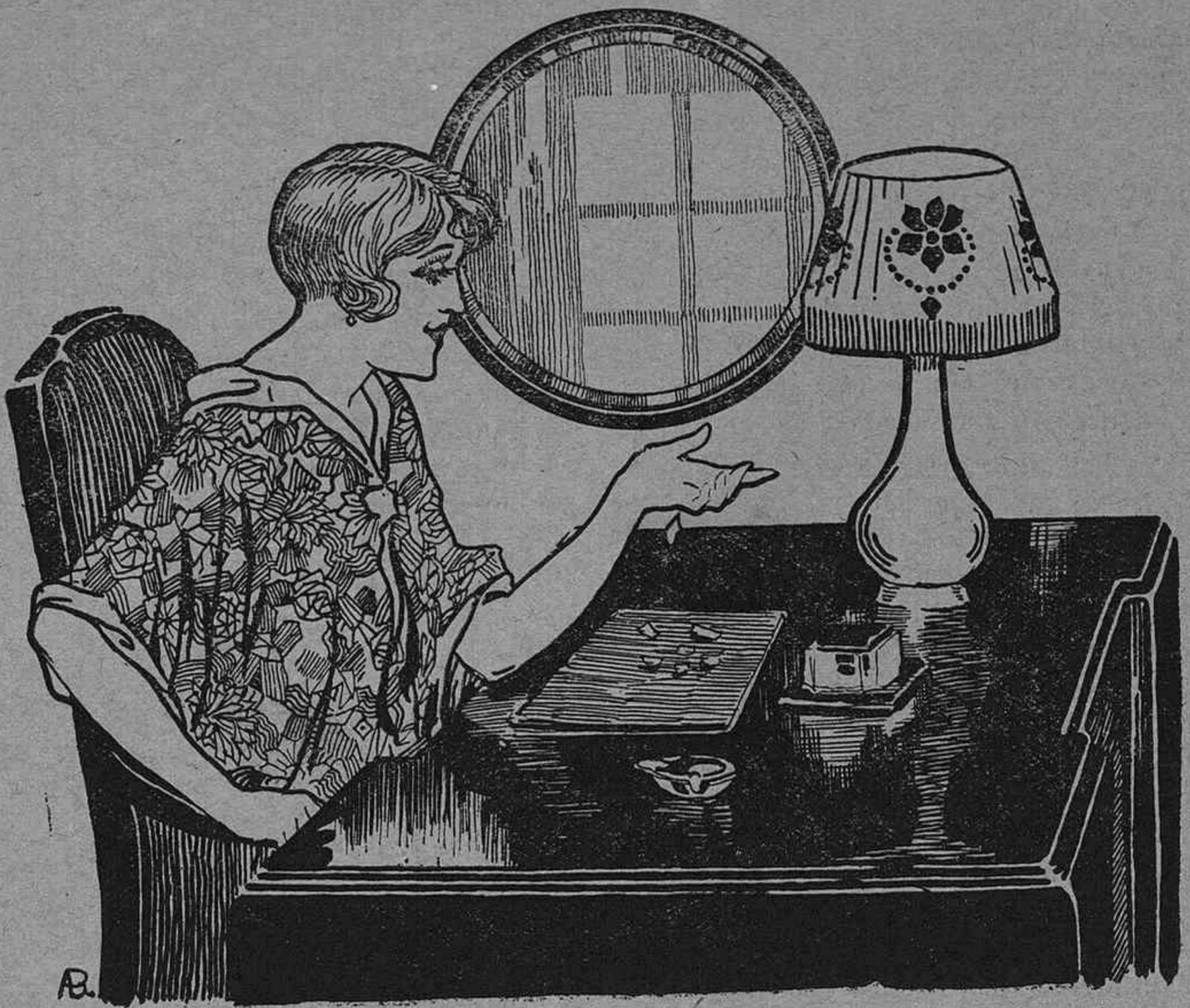
En más de una ocasión, el sonido de la garrucha chirriante fué voz de reclamo para el muchacho, que, apresuradamente, salía de su habitación para pasar junto a la deliciosa criatura, que se hacía la desentendida tirando de la soga, sin volver la cabeza, y hasta llegaba a inclinar el busto airoso y magnífico sobre el brocal, y se inclinaba agilísima, apoyada en la punta de los zapatitos primorosos, casi en el aire, hasta conseguir, presumida y coqueta, que el fondo de las aguas del pozo fuera espejo de su hermosura. Y cuando las ondas suaves se plegaban, aquella figura adorable se movía sobre las aguas como una ensoñada aparición.

Tosía él con inocente disimulo, volvía ella la cabeza, mentirosamente sorprendida, y surgía el diálogo, rápido, casi en monosílabos, en unas ocasiones frío y de cum-

plido, en otras agresivo y atropellado, de cuando en cuando de doble sentido, de repeticiones subrayadas, de alusiones galantes, de picardía entrometida y traviesa.

Y un día y otro día se sucedieron las entrevistas, y cada día puso más reparo y más primor en su faena de sacar el agua, compuesta y acicalada en sus vestidos y en sus modales, y cada día acudió él más solícito al chirrido de la garrucha, más brillantes las botas, mejor ajustada la americana, más cuidadoso del pañolito achulapado del cuello. Hasta que llegó lo esperado por ella, lo pensado por él. Caliente y efusiva, espontánea y cordial, vino la declaración amorosa. Los ojos de la nena brillaron en aquellos minutos con negruras más intensas, más radiantes. Fuése él saboreando las mieles de su triunfo y de su felicidad, y las aguas del fondo reflejaron una cara encendida, divinamente hermosa, mientras las pequeñas ondas se orillaban sumisas, leves, acariciando la aparición aquella que se colaba por las tenebrosidades del pozo, como un venturoso y milagroso rayo de sol.

S. R. A.



EL DOMINÓ AZUL

POR CURRO VARGAS

No, Carmen, no limpie ahí sobre la mesa; eso es cosa mía!... Pase el cepillo a las alfombras únicamente.

—Ya las he cepillado.

—¿Hay mucho que hacer por allá dentro?...

La doncella sonrió.

—¡Bastante, señorita!...

—¡Pues entonces váyase, que yo daré aquí la última manol!... ¡Dios mío, parece imposible lo que hay que trajinar en una casa..., aun en las casas de matrimonios solos!...

La doncella hizo mutis por el pasillo, y

María Eulalia, la celosa y gentil casadita, entornando la puerta del despacho, se dispuso, como todos los días, a realizar un implacable «ojeo» entre los papelotes de su marido...

Realmente, nada justificaba esas «requisas» ni esos celosos y detectivescos exámenes. Enrique Espinosa, médico de gran porvenir, joven, inteligente y una gran figura, tuvo su soltería un poco donjuanesca, pero no fué nunca un libertino ni un profesional de liviandades. Por contra, se había casado enamorado de María Eulalia, cuyos espléndidos veinte

años tenían, además, la seducción de un alma virgen, toda de él; de un alma pura y tierna, con deliciosas ingenuidades. En estos mismos celos suyos se reflejaba un poco ese candor. ¡Despierta tantas envidias la felicidad de los demás!...

Y envidiosas de la de ella fueron las que pérfidamente, y a título de «amigas», interrogáronla con diabólico fin, en varias ocasiones, con la frase terrible:

—¿Pero tú estás segura de que Enrique, «con su pasado», no ha de engañarte alguna vez?

—¡Segurísima!...—contestaba ella con altivo acento—. ¡Enrique no es capaz de tal cosal... ¡Me quiere demasiado para engañarme!... ¡Oh, no! ¡Tengo fe ciega en él!

Y María Eulalia, al decir esto, lo sentía; pero... no con el brío con que lo expresaba; aquel brío era algo más que el resultado de la convicción; era... la convicción reforzada «ante la gente» por el amor propio, por el orgullo femenino, por su orgullo de esposa...

Lejos de la gente, en sus soliloquios meditativos, cara a cara con su pensamiento y con su corazón, en encrespados oleajes de ideas, María Eulalia veía un espectro maldito, una terrible amenaza a su felicidad. Y al preguntarle ella, temblorosa, a aquel espectro. «¿Cuál es tu nombre?», una voz, salida de su propia alma, le respondía: «¡La Duda!». ¡Duda suplicadora, mordedora como el hierro candente e implacable como el aguijón!...

Con una sonrisa triunfal fué, como de costumbre, examinando todos los papeles de su marido. Recetas sin concluir, notas de enfermos, tal cual apunte de tal cual visita o consulta, cartas de compañeros, circulares farmacéuticas de propaganda..., cosas sin interés para ella, en fin. Vino en seguida el vaciado del cesto. Más papeles, en trozos grandes, sobres enteros y rasgados, plumas inservibles, nada tampoco! Pero de súbito, María

Eulalia arrugó el entrecejo y puso tozuda la mirada en unos trocitos de carta violeta, casi invisibles y muy barajados con los demás. Cogió uno de aquellos fragmentos de carta, donde había dos letras, dos letras muy tendidas, de esquinado y femenino remate. Temblorosa, se acercó al balcón para leer aquella sílaba: «tú». En un vértigo de impaciencia y con benedictina tranquilidad a la vez, fué reuniendo todos los trocitos de la carta. Al terminar la lectura, María Eulalia se sintió morir. ¡Morir de pena, de rabia, de odio, de... celos, esta vez plenamente justificados! «En el baile del Real... Esta noche... Con dominó azul y una rosa blanca en el hombro izquierdo.» Entre lágrimas de ira, María Eulalia hubo de repetirse interrogándose: «¿En el baile?». Y al fin, con una sonrisa de amargura, que era el hallazgo de la incógnita, balbuceó: «¡Ah, sí; es lunes de Carnavall... ¡Lunes de Carnavall!...».

El timbre de la puerta púsola en fuga. Era él, era Enrique.

—¿No comes?...

—No..., no tengo gana... ¡Me duele la cabeza!... ¡No sé..., frío quizá!...

—A ver, mírame!... ¡Estás perfectamente!... ¡Tienes el pulso revoltosillo, nada más!...

—¡Sí..., debo de tenerlo «muy revoltosillo»!...—replicó ella, subrayando con exceso las últimas palabras.

—¡Bah!... ¡Esos nervios picaronazos, que se rebelan a veces un poquitín!... ¿Es eso?...

—Pues, mira, no te creas que sólo los nervios hacen picardías, y son unos bribones!...

Enrique frunció las cejas casi imperceptiblemente; pero se tranquilizó en el acto.

—¡Vamos, vamos; unos huevecitos pasados por agua y una copa de Jerez!...

¡Anda y... cuéntame lo que has hecho esta tarde, como me lo cuentas siempre!

—Y tú..., ¿me vas a contar todo lo que has hecho y... lo que vas a hacer?...

—¿Por qué no, muñeca?... ¿Tengo, ni tendré nunca, secretos para ti?... ¡Verás: esta tarde...!

Enrique Espinosa refirió a Eulalia todo cuanto había realizado aquella tarde y cuanto había pensado para el día siguiente. Es decir, todo, no... Enrique se reservaba «algo», y ese «algo» era la respuesta inapelable que «in mente» había dado a aquella carta, a aquella cita, «cosa» de otros tiempos, y con el tiempo pasada y muerta...

—¿Vas a salir esta noche?...—le preguntó María Eulalia, no pudiendo contenerse más.

—¡Esta noche, no!—repuso él.

María Eulalia se sintió menos afligida, menos humillada, «menos engañada»... ¡No sale!... ¡No «va»!... ¡Se queda conmigo!... ¡Me quiere todavía!...

La doncella, entrando en el comedor, puso fin a las últimas reflexiones de la celosa.

—¡Señorito, esta cartal!...

Enrique leyó rápidamente.

—¡Qué contrariedad!... ¡Miral... De Altunal... ¡Una consulta a las once en puntol ¡Un pulmoníaco... senador..., uno de esos vejestorios que se empeñan en no morir nunca, divirtiéndose y zascandileando como si tuvieran veinticinco abri-les!... ¡Perdóname, nena; pero ya lo ves, no tengo más remedio que salir!... ¡Altuna, ya sabes, tiene una gran clientela, profesor mío; obligadísimo por muchas razones!... ¡Me perdonas!... ¿Verdad?... ¡Creo que despacharemos pronto!... ¿Me esperarás levantada?... ¡Sí..., mira..., y cenarás después..., cenaremos los dos!... ¡Admirable!... ¡Hasta luego!... ¡Anda..., mi abrigo..., la carteral!...

Cuando la puerta de la calle se cerró,

María Eulalia, deshecha en llanto, murmuró:

—¡Infame..., farsante..., todo comedia..., pura comedia..., todo preparado..., la «consulta»..., el avisol... ¡Buena consultal... ¡Pobre senador, con pulmoníal... ¡Ni pulmonía ni senador ni nadal... ¡A casa de un amigote, de otro... pillo, como él!... ¡A vestirse allí, a prepararse allí, a... reírse allí de ella; de ella..., que no había cometido otro delito sino querer con toda su alma y con todo su corazón a aquel «tronera», a aquel tunantel... ¡Pillo y más que pillo!...

Después, María Eulalia lo pensó..., luchó, volvió a pensarlo..., dudó otra vez... y, por último, se decidió alocadamente, casi inconscientemente...

—¡Carmen!...

—¡Señorital

Dió una orden a la doncella, que, estupefacta, no daba crédito a lo que estaba oyendo.

A la media hora traían de la calle «algo» que María Eulalia hizo introducir en su tocador, cerrándose con llave...

* * *

A pocos pasos del portal, Enrique Espinosa, que tornaba a su casa, ya cumplidos sus deberes profesionales, vió una máscara, que al verle se detuvo, ahogó un grito, vacilando entre seguir o retroceder... El joven doctor quedóse perplejo. ¡Aquel grito..., aquella máscara...; pero!... ¡Imposible, no podía ser!... ¡Sin embargo!...

—¡Señoral... ¿Me conoce usted?...

La máscara hizo un movimiento brusco, para huir, y el antifaz cayó al suelo.

—¡Tú!—exclamó Enrique al ver a su mujer.

María Eulalia, la ingenua, sólo supo llorar, llorar, con infantil desconsuelo, con ahipados sollozos.

—¡Bastal—dijo él—. No demos un es,

pectáculo en plena calle. ¡Sube! ¡Me explicarás en casa lo... que no tiene ni admite explicación!... ¡Te exigiré..., sabré exigirte que...!

Fué una escena dura, en que él, ofendido y celoso, exigía una confesión de lo inconfesable, porque no había existido.

—¡Mañana seguirá usted siendo, por mi desgracia, la señora «de Espinosa»; pero no en esta casa ni a mi lado, sino en la de sus padres, y para... siempre!... ¿Me entiende usted?...

Ella dió un grito.

—¡Enrique, perdón; de rodillas te lo pido; perdóname, Enrique de mi alma!... ¡Escúchame, óyemelo todo... todo!... ¡Esa carta..., aquella carta..., el «dominó azul»!...

—Pero..., ¿quién te ha hablado a tí de esa carta?... ¿Dónde está esa carta que dices?...

—¡Mírala, Enrique mío!...

Enrique, desconcertado, se estremeció:

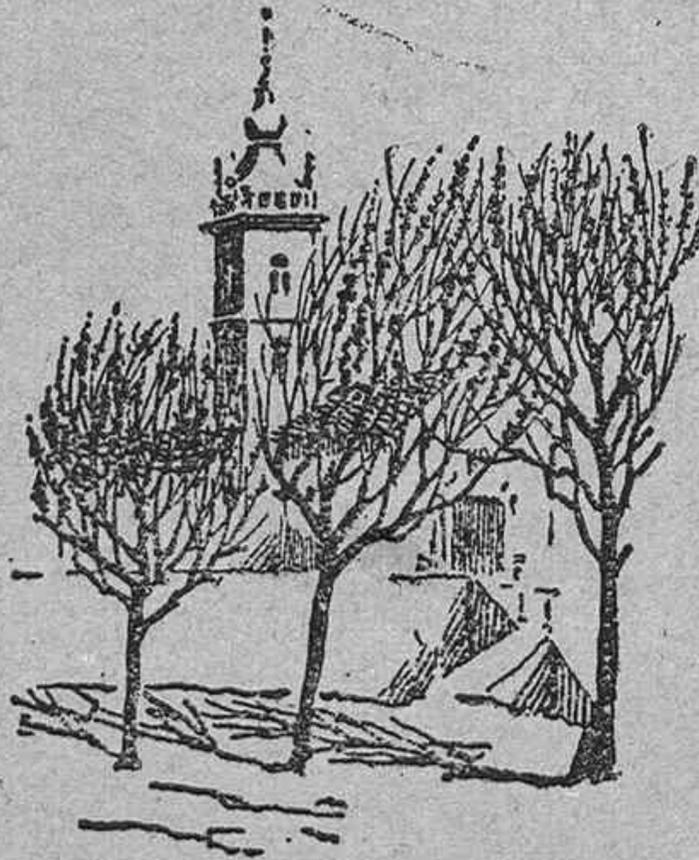
—¡Sin embargo..., tú no has debido...

—Sí; no he debido hacer esta locura, que..., gracias a Dios, no he hecho, al fin!... ¡Yo creí que ibas a ir al baile, que todo era un engaño..., que no me querías!... No volveré a dudar de ti, Enrique mío!... ¡Nunca!... ¡Te lo prometí!... ¡Perdóname; no me arrojes de tu lado ahora que te quiero como nunca te quise!...

Y Espinosa, abrazándola, sonrió ya tranquilo:

—¡Te perdono, sí; te perdono!...—¡Pero no vuelvas a revolverme el cesto de los papeles!... ¡Nunca!... ¿Oyes?... ¡¡Nunca!!... ¡¡Jamás!!...

CURRO VARGAS





OJOS CIEGOS

POR ANGEL MARINA

Ojos claros, pero ciegos,
ojos que no saben ver....

Como una fuente serena
era la moza, y él

se miraba en los cristales
de diáfana limpidez.

Siempre soñando despierta,
sentía en todo su sér,

*unas ansias infinitas
y no sabía de qué.*

*En una ventana ella,
en otra frontera él,
ambos soñando, soñando
sin llegarse a comprender.*

*Ella cristalina fuente.
Él mozo, muerto de sed,
viendo la dicha tan cerca,
viendo las aguas correr.*

*La imaginación de ella
era dorado bajel,
que a la región del ensueño
enfilaba su bauprés.*

*Y mientras, el pobre mozo,
presa del amor aquel,
se está muriendo, muriendo,
y la moza no lo ve...*

*No mires la lejanía,
mira más cerca, mujer;
un cariño está aguardando,
posa la mirada en él.*

*Eso que buscas tan lejos,
quizá muy próximo esté,
sé la Ribera del mozo
a quien abrasa la sed.*

*Nuestra vida es como un río,
pasa para no volver,
y cuando menos pensamos,
nos sorprende la vejez.*

*Que al llegar a sus umbrales
no tengas qué responder,
cuando te pida las cuentas
de la dicha que se fué...:
—¡Ojos míos!, ¡ojos ciegos!,
¿por qué no supisteis ver?*

* * *

ANGEL MARINA



CUENTOS INGENUOS

“ VOX POPULI ”

POR MIGUEL VICTORERO

Yo os juro que aquello era completamente falso, pero, ¡qué queréis!, el pueblo—la voz de Dios, según dicen, a mi parecer erróneamente—así lo aseguraba, y era en vano mi airada protesta: Juanita Garaltes me gustaba. Mis negativas acerca del tal asunto iban granjeándome algunas enemistades. ¡Bien—me decían—, dirás lo que quieras... pero Juanita Garaltes te gusta! Yo me retorcí las manos con desesperación, me mesaba los cabellos como había visto hacer a un actor muy malo en el teatro del pueblo, me golpeaba en el pecho con tanto furor como un eremita que tratase de alejar la tentación, y gemía: ¡Pero, majaderos, si Juanita Garaltes no me gusta, ni apenas la conozco, que sois unos idiotas! Y ellos—los representantes de la voz popular—sonreían, mirándose entre sí, como si dijeran: «¡Hay que ver, somos el caos del convencimiento!» Y, después, dirigían a mí sus ojos, terriblemente solemnes, idénticos a los de un juez que contempla a un acusado convicto y confeso, mientras que yo pensaba, horriblemente intranquilo, que aquel rumor habría de llegar a oídos de Juanita Garaltes, corregido y aumentado. ¡Vaya un papelito!—me decía.—Ella lo creerá y, naturalmente, se verá obligada a ruborizarse cuando yo pase junto a ella; tendrá que sufrir los pellizcos furibundos de sus amiguitas durante el paseo, si por azar nos encontramos, y cincuenta mil bromitas más de todo el mundo. Por mi parte, yo me vería en la

precisión de evitar el paso por debajo de sus balcones, de fijar la vista en un punto imaginario cuando ella pase, hasta de balbucear cualquiera imbecilidad si he de saludar a su familia estando ella presente. ¡Una felicidad, como ustedes ven! Y yo hubiera querido encaramarme en el tejado de la casa de don Venancio Pérez Gómez, que era la más alta del pueblo, y decir a gritos a todos aquellos majaderos—representantes de la redicha «vox populi»—, después de tocar llamada con un cornetín de pistón: «¡Juanita Garaltes, ¿lo oís, brutos?, Juanita Garaltes no me gusta!» Y no lo hice como lo pensaba porque don Venancio, el dueño de la casa que yo soñaba trocar en tribuna para mi vindicación, estaba ausente y se había llevado las llaves; que, si no, lo hago, ¡vaya si lo hago!...

El pueblo aquel había hecho cuestión de amor propio el hacerme novio de Juanita Garaltes. En la mesa hospederil, si me quedaba distraído mirando la historiada araña que pendía del techo, mis compañeras y compañeros de mesa cambiaban miraditas, diciéndose, poco más o menos: «¡Pobrecito, cómo está! ¡Está que bebe los vientos por ella!» Cuando era para mí verdaderamente horrible era al echar en mi vaso el agua de la ventruda jarra: quizá por hacerlo con temor a que me resbalase de la mano, la jarra, indefectiblemente, se me deslizaba entre los dedos y pegaba un golpecito sobre la mesa, que, para la atención de los comensa-

les, valía tanto como un cañonazo. Al ocurrir esto aquella mesa se transformaba en una casa de orates. La hija de la dueña de la pensión—una chiquilla enfermiza, con unos ojos soberbiamente hermosos, que leía novelas por entregas y folletines de diarios—murmuraba, con un convencimiento indiscutible:

—Es que ella se acuerda de él.—Y ante la extrañeza de un viajante de perfumería, que olía a todo menos a perfumes, aclaró —: ¿No ve usted que se le cayó la jarra? Jarra empieza con jota; ella se llama Juanita, de modo...

La señora del administrador de una industria que por entonces se montaba en aquel pueblo—señora enormemente gruesa, que daba la sensación de estar formada de neumáticos de automóvil superpuestos, como el anuncio muy divulgado de una fábrica de caucho francesa, reía a todo reír, haciendo subir y bajar el enorme busto lo mismo que el Cantábrico con mar de fondo, hasta que, viendo mi seriedad de amoscado, trataba de contenerse. Entonces era aún peor: cogía una cucharada de sopa y se la llevaba a la boca sin mirar a nadie, con mucha formalidad, y cuando acababa de ingerirla, dejaba escapar, a pesar de sus esfuerzos, un ¡hip, hip! graciosísimo. Volvía a comer y volvía a hipar. Sudaba la pobre; se le saltaban las lágrimas, y quedaba en silencio la mesa, hasta que la graciosísima señora volvía a lanzar su lamentable ¡hip, hip!, que coreaban con una carcajada estrepitosa todos los comensales, menos yo, por supuesto. ¡Dichosa jarra! Tanto me cansó aquella diaria bromita que decidí suprimir el agua mientras que no me la sirvieran en un recipiente cuyo nombre no comenzara con una jota. Lo mismo que en la mesa me ocurría en el café, en el círculo y en el paseo. El pueblo había hecho cuestión de amor propio el hacerme novio de Juanita Garaltes. El pueblo

me consideraba, al parecer, hombre de gusto, porque la chica era bonita, bonita como un sol y, después, ¡me miraba con una elocuencia tan conmovedora!—«¡Vamos!—parecía decirme cuando yo la saludaba con respetuoso sombrero, sin detenerme jamás.—Si me quieres, ¿por qué no me lo dices? ¿Por qué no te atreves?»

—Pero al recibir la menor bromita acerca del asunto, yo protestaba cada día con más calor e indignación: «¡Que no y que no; que Juanita Garaltes no me gusta», y «que no, que no y que no; que no hay nada de lo que pensáis». Y al decirlo—aunque Juanita Garaltes me iba gustando—yo pensaba: «¡Pues bueno estaría que un pueblo, un pequeño pedazo de todo el mundo, una despreciable «vox populi» fuera a gobernar mis sentimientos!» Pero hombre, ¿qué se creerían?...

* * *

Una tarde de invierno, en la penumbra confidencial de la sala de lectura del círculo, Eusebio Llanes me preguntó en serio, completamente en serio:—Dime, Ignacio, ¿tú tienes algo con Juanita Garaltes?

—Pero hombre de Dios, yo ¡qué iba a tener! ¡Cosas de este pueblo, charlas de desocupados!—Y por ahí adelante continué largo rato hablando de lo nocivo de los chismes, de las obras de una fábrica, del tiempo y de no sé cuantas cosas a cual más interesantes. Cuando me dí cuenta de que era la hora de cenar, Eusebio me interrumpió:

—Entonces, Ignacio, ¿no te molestaría que me la echase de novia? ¡Me gusta mucho, mucho!

—¿A mí? ¿Molestarme a mí? De ninguna manera... ¡pues no faltaba más!...

* * *

Desde aquella terrible tarde Eusebio se dedicó a acompañar a Juanita Garaltes con gran asombro de todo el pueblo

con gran asombro y con gran indignación.

—Cuando yo pasaba la calle en donde se formaba el diario paseo, con la frente muy alta y taconeando fuerte para que no creyeran que me cohibía la presencia de Juanita y Eusebio, todos me miraban con un enternecedor gesto de compasión, como diciéndose: ¡Pobrecito! ¡Para que te fies de las mujeres!...

Poco después abandoné el pueblo aquel, dejando en vísperas de casarse

Juanita Garaltes y Eusebio Llanes y—¿por qué negarlo?—marché un poco triste. Había vencido al amor propio colectivo, había derrotado a la terrible «vox populi»... pero ¡ay, Dios mío!, lo triste, lo verdaderamente grotesco es que—acaso sin yo saberlo—Juanita Garaltes ¡me gustaba!; me gustaba y me daba cuenta de ello cuando me iba para siempre..., cuando ya aquello no tenía remedio...

MIGUEL VICTORERO



P O E T A S D E A H O R A

. . .

LAS PIEDRAS DEL PRESIDIO

POR AQUILINO DE LA FUENTE

Para don Eduardo Zamacois, que, después de visitar los presidios, prepara su libro «Los vivos muertos».

ESTAS son las piedras más toscas y rudas;
estas son las piedras hoscas y ceñudas
como rostros de hombres desilusionados
y que, atormentados
por horribles dudas,
buscaron el frío de estas piedras mudas
y en ellas posaron sus ardidadas frentes
y las convirtieron en confesionarios
y en santos sagrarios,
ante los que oraron como penitentes,
como solitarios,
como hombres que saben que nada hay más triste que ser presidiarios.

Estas son las piedras siniestras y oscuras
que de innumerables y atroces torturas
fueron instrumentos,
y fieros lamentos
a los desdichados oyeron lanzar.
Estas son las piedras que en siglos pasados
a los enclaustrados
oyeran rezar,
y que, tras de aquellas santas oraciones,
sintieron los gritos y las maldiciones
de los que, aherrojados
y desesperados,
al par que el tumulto de sus hondas penas
llevaban pendientes pesadas cadenas.

Estas son las piedras llenas de misterios;
estas son las piedras que más se parecen
a las de las tumbas de los cementerios;
estas son las piedras en las que florecen,
como en ancestrales y toscas macetas,
tristes desengaños de los que, sufriendo,
han llegado a hacerse sabios y poetas
en fuerza de estarlas mirando y oyendo.

Estas son las piedras más toscas del mundo,
piedras solitarias,
piedras presidiarias
en las que hay escrito un poema profundo,
piedras que al pulirlas
perderían todo su mágico encanto,
piedras que al vestirlas
ya no mostrarían ese algo tan santo,
ese algo de enigma sagrado e impoluto
que las piedras tienen cuando están en bruto.

Estas piedras rudas se han humanizado
de tanto sentirse miradas y holladas
por hombres que yacen en su cautiverio
igual que los muertos en el cementerio.
Dijérase que ellos se han petrificado,
que tanto con ellas han fraternizado,
que guardan con ellas tantas semejanzas,
que con ellas tienen tanta intimidad...,
que ya hasta las piedras tienen esperanzas,
que las piedras tienen sensibilidad,
que las piedras claman,
que las piedras aman,
¡que también las piedras quieren libertad!

Estas son las piedras de mágico encanto;
éstas son las piedras que causan espanto,
porque ensombrecidas
de pasar sobre ellas tan miserables vidas
se muestran ceñudas,
como si quisieran decirnos, desnudas,
que son por lo duro de su tosquedad
la imagen más pura de la realidad.

Estas son las piedras que, por descarnadas,
guardan semejanza con los esqueletos;
piedras que han oído terribles secretos,
y que, ennegrecidas y resquebrajadas
de tanta injusticia como han presenciado,
de tantas argollas como han sostenido,
de tantas blasfemias como han escuchado,
de tanta barbarie como han padecido...,
parece que llaman con cruda insistencia,
parece que imploran perdón y clemencia,
parece que piden con dolor profundo
que vengan a hollarlas
y desencantarlas

todos los poetas y sabios del mundo;
 o que, avergonzadas de la mansedumbre
 con que soportaron tan cruel servidumbre,
 pidieran a gritos, con fiera insolencia,
 que abriera sus duras entrañas la Ciencia,
 que, de ellas limpiando la sórdida herrumbre,
 se las descargara de la pesadumbre
 que hace repugnantes
 sus toscos semblantes,
 que las enlutece como dolorosas,
 que las hace odiosas,
 que las da ese aspecto feroz e iracundo
 que hace de estas piedras las piedras más duras y frías del mundo.

¿No oís sus gemidos?

Será porque sólo acercáis los oídos,
 y estas piedras toscas en perpetua calma
 muestran los secretos que ellas atesoran
 y en silencio lloran

para los que a ellas acercan el alma.

Piedras imponentes,
 piedras que revelan cuanto padecieron
 a los que pegadas a ellas tuvieron
 las pálidas frentes.

Piedras que, rodando de abismo en abismo,
 como hombres sujetas a cruel fatalismo,
 condenadas viven por algún ignoto y extraño homicidio
 a ser las oscuras piedras del presidio.

Piedras que, impregnadas de hondo misticismo,
 dijérase que oyen tantas maravillas
 puestas de rodillas,

y que se estremecen y se contorsionan,
 y que los dolores humanos pregonan,
 y que a veces lanzan una maldición
 que por donde pasa
 parece que abrasa...

como si tuvieran ellas corazón,
 como si de piedra tan sólo tuvieran
 las hórridas caras con que ellas nos miran,
 como si en sus senos profundos vivieran
 almas que de tanto padecer deliran,
 almas combatidas por la adversidad,
 almas que suspiran
 por la libertad.

Estas son las piedras que de piedra tienen lo que está a la vista,
y en cuyas entrañas encuentra el artista
profundos misterios que desentrañar.
Por eso estas piedras viniste a auscultar,
tú que, emparentado con Salvador Rueda,
sabes que en las piedras presidiarias queda
algo de las almas que han visto penar;
escribe la vida de «Los vivos muertos»,
cruzando para ello por estos desiertos,
por las soledades llenas de misterios
en las que las piedras tienen el encanto
que tienen las piedras de los cementerios.
Piedras renegridas de pisarlas tanto,
piedras carcomidas por sus muchos años,
piedras agrietadas por los desengaños,
que las atarazan como duras hiedras;
piedras presidiarias, ¡venerandas piedras!

Yo no encuentro piedras con que compararos
si no es con las piedras toscas de los faros,
con aquellas piedras que al cielo levantan
como una gigante y ardiente pupila,
la luz que en la noche los mares vigila
y acompasa el himno que las olas cantan;
con aquellas piedras a las que, sin duda,
transmiten las olas en su lengua ruda
llena de infinitos
los trágicos gritos
de los que, mirando faros de los puertos
por que suspiraban, se quedaron muertos.

Sólo con las piedras rudas de los faros
puedo compararos,
piedras presidiarias, piedras cuyos huecos,
cual conchas marinas, repiten los ecos
de atroces suplicios;
piedras que conservan en sus intersticios
coágulos de sangre que, por escondidos,
no ven los que a ellas van con los sentidos
saturados de otras mundanas blanduras,
piedras cuyas hondas resquebrajaduras
hablan en la noche de su triste calma
de heridas profundas que nunca se cierran,
de heridas que aterran,
¡de heridas del alma!

AQUILINO DE LA FUENTE



CUESTIONES LITERARIAS

CARTA DE UN VETERANO ESCRITOR

Con mucho gusto copiamos la siguiente carta de don José María Mathen, ilustre literato, colaborador de LETRAS REGIONALES.

Sr. D. Joaquín Aznar, director de «La Libertad».

Mi querido amigo: Con suma complacencia he leído estos días en dos distintos periódicos la crítica del libro titulado «Orientaciones», poemas breves. Le agradecería a usted sobremanera que aceptase para el que tan dignamente dirige estas ligeras observaciones.

Con una envidiable imaginación y un sutil ingenio, los dos autores de las críticas han supuesto que al autor del libro le nacieron los poemas por generación espontánea. No tuvo maestros, ni amigos, ni compañeros que le aleccionasen y le sacaran de su error; se halló, pues, con un libro de nueve poemas y pensó para sí: «Ved aquí un libro con el cual puedo darme el tono de un gran poeta». Sucintamente esto es lo que se deduce de la atenta lectura de esas dos críticas.

Y, desde luego, como suponen ellos que los poemas los encontró el autor entre sus papeles, dispuestos y nacidos como unos hongos, ignoran por completo su verdadero y nativo origen.

Olvidan que el autor fué joven y socio de una juventud literaria que se reunía de vez en cuando en sesiones públicas, y que en éstas se leían sus versos con general aplauso; que se le otorgó el primer

premio en dos concursos; que inició, en unión con otro compañero en letras, la primera «Revista de Aragón», y allí se publicaron sus versos, sus artículos y su primer poema, con anuencia y satisfacción del catedrático de Literatura latina señor Villar, nuestro director espiritual.

Siguió a estas primeras pruebas la publicación de más de un millar de versos en diferentes periódicos y revistas. Y aquí repito lo que dije al otro colega en mi carta: «De haber sido yo rico, tendría recogidos estos centenares de versos en elegantes volúmenes, apadrinados por Valera, Cañete o cualquier académico de fuste.» Pues ya se sabe que el dinero es un gran señor que trata y se tutea con los altos personajes.

Conserva el autor cartas de maestros y compañeros con suficiente autoridad para que no dejara de tomar en cuenta sus buenos consejos y su invitación a seguir en su campaña. Y esto no es un cuento. Son hechos certísimos, que pueden atestiguar gentes que viven, amigos, condiscípulos, compañeros.

Uno de estos últimos consejeros, a quien pudiera llamársele maestro por su mentalidad y gran cultura, fué el insigne literato don Andrés González Blanco, ya fallecido. De no ocurrir esto, haría tres años que «Orientaciones» se hubiese pu-

blicado en Renacimiento, con un prólogo del ilustre escritor.

Y ahora se preguntarán los más curiosos lectores: ¿Cómo opinan en contrario esos señores críticos? Pues sencillamente porque esos señores, aquejados de un desaforado afán de ultramodernismo, de un arte nuevo y refinado, han perdido la facultad de entender el castellano. Es una desgracia como otra cualquiera. Digo entender, y no saber, porque es cosa muy distinta. Muchos saben latín y no entienden a Séneca. Así, por ejemplo, Campoamor comienza uno de sus poemas de este modo:

El cura del Pilar de la Horadada
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
que el amor que se tiene a la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería,
y siendo indiferente
a la necia ambición de los honores
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas a las flores.

A estos señores críticos les parecerá, acaso, estos versos de una estupenda vulgaridad. Les pareció asimismo vulgares, prosaicos, estos versos que figuran al comienzo del poema «La garza real»:

Es Lola mujercita muy curiosa
que airosamente ostenta

la fresca lozanía de una rosa,
y se da clara cuenta
de que aun vistiendo sus mejores galas
por su andar hechicero se parece
al ave inquieta que la rama mece
que aun al andar nos muestra tener alas.
Sabe bien que a su cuerpo, rosa y nieve,
por donoso y esbelto
admiración se debe,
que su cabello suelto
cual tenue manto de crespón dorado
su blanquísimo torso cubriría.

Por estos ejemplos comprenderán mis lectores que lo que esos señores críticos llaman vulgar y prosaico es el verso expresivo, natural y sencillo, como lo exige la narración del poema. Otra cosa fuera si se tratara de poesía lírica.

Ha influido también en esta falsa interpretación cierta fatalidad. Como el autor carece de vista para leer y corregir las pruebas, se encargó de la confección del libro un amigo. Por ignorancia o por capricho, este amigo, sin consultarlo con el autor, cambió el subtítulo, «Poemas breves», por el de «Poesías», completamente inadecuado. Pues presta al libro pretensiones que no tuve al escribirlo, como se ve en su prólogo.

Sabe usted, señor director, que queda a sus órdenes, con la mayor consideración, su atento y seguro servidor, que estrecha su mano, *José M. Matheu.*





DESDE ALTA MAR

ASTURIAS EN AMÉRICA

LA corriente emigratoria e inmigratoria que existe entre el Norte de España y América, especialmente desde Asturias, es más importante de lo que a simple vista parece.

La labor de los asturianos en América no se reduce solamente al esfuerzo individual de cada comprovinciano, sino al trabajo colectivo de la comunidad colonial que por medio de la asociación y del agrupamiento se defiende de los enemigos naturales que tiene todo extranjero cuando va a poblar comercial o físicamente—o ambas cosas a la vez—un país extraño.

La norma de conducta que siguen los astures en América es la más eficiente para conseguir el triunfo; trabajo constante, honradez acrisolada, aptitud para el puesto a desempeñar, confianza en sí mismos... Y el resultado de esta generosa siembra se ve en las empresas, en los negocios florecientes, en el comercio de resultados positivos. España tiene los embajadores más distinguidos, representándolos en el trabajo y la industria: los emigrantes asturianos. Díganlo si no la beneficencia española de Méjico fundada por asturianos y hoy sostenida por ellos; la Quinta Covadonga de la Habana y sus sucursales del interior de la Isla; la Casa de España de San Juan y de Ponce en Puerto Rico; el Centro Asturiano de Bue-

nos Aires... y multitud de agrupaciones similares que honran el recuerdo de España y el nombre de Asturias.

La labor colectiva de los españoles de América influye mucho en los caracteres del país. Las fiestas de nuestros centros regionales son honradas con la presencia de numerosas y muy principales familias americanas; las agrupaciones de beneficencia cuentan entre sus socios a innúmeros caballeros de aquel país. En las casas americanas impera el gusto español en la ornamentación, tanto arquitectónica como de mobiliario y aplicación. Los adornos del hogar lo constituyen los zócalos de azulejos; los cortinajes y colchas son mantones de Manila, los «bibe-lots» son panderetas y cacharros de Talavera.

El carácter del americano que está en contacto con el asturiano, se hace más recio, más entero, más profundo y más entusiasta de España. A su vez el asturiano se identifica con América y toma de allí lo mejor de su carácter, lo más escogido de su carácter, bellas mujeres a quienes desposan.

Pocos como el asturiano están llamados a formar la gran familia hispano-americana; pocos como él que tengan tantos elementos raciales, materiales y morales, para inyectar la savia fecunda de su vida en el gran árbol de América,

llámese ombú, cocotero, ahueluete, palmera, tule o pirú.

La sociedad de españoles que residieron en América, cuya casa social está en Madrid, hace una maravillosa labor de acercamiento espiritual con el nuevo continente y de rememoración, pudiera decirse, de las pampas, las sábanas, los llanos y las selvas.

Tierra caliente, llanos, cerros, tierra de lluvias, bohíos, jacales, campos petroleros, zonas salitreras, haciendas, ingenios, ranchos, son recordados por los que allí vivieron, por lo que allí lucharon, que prendieron el valor de una hora, el mérito de un pensamiento, la cosecha fructífera de esfuerzos sembrados en el campo de las actividades.

La Junta de Comercio de Ultramar está casi toda formada por elementos de nuestra región y en las Cámaras de Comercio españolas de las diversas regiones americanas, como el porcentaje mayor de socios es de la provincia de Oviedo, van de día en día aumentando el número de importaciones de los productos astures.

Sidra, manzanas, nueces, avellanas, embutidos, jamón, quesos, mantequilla, conservas pesqueras, cebollas y otros productos del país que van en exporta-

ción, son estimadísimas en América y la influencia de hogar sano y moral que nuestras familias dejan sentir en la sociedad ultramarina redonda directamente en el aumento de importación española, especialmente de Asturias, pues nuestros frutos y conservas son estimadísimos en los restaurantes, comedores y hoteles de América. Y aún sería más estimada nuestra producción si la loabilísima y atractiva Feria de Muestras Asturiana pudiera llevarse por toda América en misión de sano patriotismo regional, como llevaron su arte exquisito, también en cruzada musical patriótica, Torner, Cuchichi y su hija.

Asturias en América es un factor importantísimo para el desenvolvimiento de la industria y producción españolas, y entre la pléyade de españoles que emigran a América, son los asturianos los más fuertes elementos, de corazón de humilde y alma recia, como la cruz de roble que Pelayo enarboló a guisa de bandera en los riscos de Covadonga.

MARÍA LUISA CASTELLANOS
DE ALONSO INGUANZO

En el Atlántico, a bordo del «Cristóbal Colón».



P R E J U I C I O S

C U E N T O

POR JOSÉ M.^a HUERTAS Y VENTOSA

MARÍA y Juan encontrábanse cada tarde a la misma hora, confundidos entre la muchedumbre inmensa que, en tránsito contínuo, circulaba por aquellas dos importantes calles de la vieja ciudad cosmopolita. Abandonaban luego aquellos lugares céntricos, febriles, de la vida moderna. Acogíanse a la calma de las grandes calles solitarias hacia el lado del ensanche moderno y aristocrático. Hallaban en aquel reposo el ambiente que precisaban para forjar sus planes de amor y de ambición...

Hablaba Juan de sus grandes ilusiones, de sus bellos proyectos para cuando terminase la pequeña carrera que estudiaba en las horas que tenía libres después de sus ocupaciones en una oficina importante. Confiaba él mucho en la posición que le situaría su carrera, cuando la terminase; en los destinos que daría a las grandes ideas que acariciaba su mente ambiciosa... Porque Juan era así: anteponía a todo su deseo de elevarse sobre los demás, de poseer algo que lo igualara y le permitiera codearse con las clases aristocráticas, que había envidiado siempre desde la oscuridad vulgar en que se removía tan a pesar suyo. Tan sólo su amor hacia María había transformado aquella ambición egoísta, en un deseo más puro, en un ansia más noble: la de poder ofrendar a la mujer que su corazón había elegido una posición que la nivelara hasta las damas que él soñaba llegar a tratar algún día.

María, más humilde, suspiraba tan sólo por el hogar feliz que pensaba formar con su Juan. Un hogar pequeño, un rincón dichoso... Una casita escondida, lejos de todo mundanal ruido, en donde poder cantar siempre, contínuamente, los goces de una

dicha interminable, eterna... Y estremecida por el placer inefable que le producía el imaginar su felicidad venidera, María apoyábase temblorosa en el brazo de su novio, e inclinaba la cabeza, descansándola sobre un hombro de Juan, deseosa de sentir cerca de sí al hombre a quien había dado su corazón, al ser que amaba sobre todo lo del mundo, más, mucho más que a su madre, que tanto había hecho por ella y que la quería por encima de todas las cosas.

Y, amparándose bajo las copas de los grandes árboles que bordeaban las amplias aceras y que les protegían con sus sombras, aumentadas por la hora, avanzaba la pareja con paso lento, muy lento, mirándose a los ojos, adivinándose las palabras que aún no decían los labios...

Aprovechaba él el instante en que se hallaba más solitaria la calle para oprimir a María apasionadamente entre sus brazos y susurrar, con las bocas casi juntas... En un suspiro...:

—¿Me quieres, nena?

Perdíase la sílaba de ella en los labios de Juan... Permanecían largo rato unidos los labios en un beso largo, silencioso, como un pecado...

Brillaban a lo lejos, en la oscuridad vaga del anochecer, los puntos brillantes de los faroles callejeros... Semejando a estrellas.

* * *

Fué un día bello, como cuando se conocieron. Truncóse el idilio de una forma inesperada cuando más enamorados parecían. Interpúsose la mano glacial del destino, bajo la apariencia de los convencionalismos sociales,

Halláronse como siempre. En el cruce aquel de las dos grandes arterias de la vieja ciudad. Perdidos en la multitud incontable que pasaba continuamente junto a ellos.

Llegó él con el semblante adusto, casi severo. No pareció darse cuenta de la sonrisa que, al igual de cada tarde, iluminaba el rostro de María. Ansiosa ella, inquirió motivos de aquel proceder extraño:

—¿Qué tienes, Juan?

—Nada—fué la contestación de él.

—¿Por qué pones esa cara?

—Por nada.

Calló ella, ofendida. Andaron largo trecho sin hablar, envuelto Juan en su adustez incomprensible, y María resentida dolorosamente de aquel trato que no merecía.

Mirábala él a hurtadillas, condenando tal vez ya su brusquedad grosera, sintiendo ansias de pedir perdón y contenido por el recuerdo de unas palabras insidiosas que le dijeron por la tarde en la oficina.

Procuraba ella recordar la ofensa que motivara el proceder de su novio. Y no hallaba qué. Aleteaba dentro de su corazón el vago presentimiento de un acontecer cruel que iba a sucederla. Pensó en la página de su vida que había ocultado a su Juan... La venció el tormento de aquella incertidumbre y rebajóse a preguntar, olvidando su orgullo resentido:

—Juan mío, dime. ¿Qué tienes? Estoy inquieta.

Sintió él otra vez deseos irresistibles de suplicarla un olvido a su proceder incorrecto, y nuevamente martillearon sus oídos las frases malditas que desde la tarde mantenían latente la tempestad que rugía en su alma. Contestó:

—No es nada.

—¿Por qué te muestras hoy así?—volvió ella.—Habla, ¿qué te ocurre?

Musitó él, por fin, la causa.

—Habláronme hoy de ti.

—¿De mí?

Apoderóse la inquietud del alma de María al oír las palabras... El recuerdo de la gran desgracia cuya mancha había caído sobre ella vivió en aquel momento en su recuerdo... ¡Dios mío! ¿Sabría él ya aquella página

triste de su vida, que cuidadosamente había callado, temerosa de perder su amor?...

Se le oprimió el corazón tan sólo al imaginario. Comprendió entonces que amaba mucho más de lo que creía a su Juan. Vió tan grande su desesperación si lo perdía, que tuvo miedo a que fuese verdad, horriblemente verdad. Amparóse al consuelo de una oración breve, dicha mentalmente a la Virgen.

Luego, algo tranquilizada, con ansia de saber lo que era «aquello», preguntó:

—¿Y quién fué el que te habló de mí?

—Un amigo—contestó Juan.—Creo que vecino tuyo. Llámase Rodríguez. Manuel Rodríguez.

—¡Dios mío!—pensó ella.

—Me ha dicho que...—continuó él.—Pero no. No es posible. ¡Sería horrible!

Sintióse heroica ella. Deseó apurar hasta las heces su cáliz de amargura.

—¿Qué es ello? Habla. Termina mi angustia.

—Me dijo algo sobre tu familia.

—¡Virgen! Lo sabía.

Prosiguió Juan:

—Díjome que tu padre estaba preso por haber matado a un hombre... Que lo que decíais de que tu madre es viuda, es mentira. Para ocultarlo.

¡Verdad! ¡Verdad todo! El padre, dejándose llevar por ideas exaltadas, había cometido un atentado que purgaba ahora en un penal. Y María temblaba. Conocía a su Juan. ¡Dios Santo! ¿Sería posible tal desgracia?

Preguntó el novio.

—No es cierto, ¿verdad? Son calumnias de Rodríguez.

Por un momento quiso ella mentir. Decir que era falso todo cuanto le habían contado... Dolfase de la felicidad que iba a perder... Mas ¿para qué? Lo sabría otro día. Y habló. Habló consciente de que destruía su propia dicha, de que perdía para siempre a lo que más quería, a su Juan, a su hombre adorado...

Lentamente, como ansiando saborear aquellos breves instantes, el tesoro que

perdía, dijo las dos palabras que la hacían infeliz:

—Es verdad...

Esperaba ya él aquella respuesta. Dolió-le, no obstante, a pesar de su convencimiento de haber desterrado de su alma toda clase de sentimentalismos. Aprendió entonces lo que valía aquel amor que le despertaba María. Por un momento vaciló entre el cariño de ella y el egoísmo de su ambición maldita, que le sacaba el alma. Vencieron los prejuicios, las ansias de quitar trabas a su ilusión de ser, de imponer su voluntad. Acalló las débiles voces de su pasión mirando hacia el futuro, hacia el camino de la gloria, sin ver que estaba erizado de convencionalismos, sin fijarse que dejaba en la senda despojos de su alma.

María mientras, cabizbaja, medía la inmensidad de su desgracia. No lloraba. Gozaba torturándose con la opresión de los sollozos contenidos en el último rincón de su pecho.

Después de andar largo rato, callados los dos, habló Juan, por fin, mirando al suelo, ocultando así la vergüenza de la acción que iba a cometer.

—María...—hizo una pausa—, sabes cuánto te quiero... Yo ya sé que tú no debes ser responsable de las faltas de tus padres...

Callaba ella; no podía hablar. Los sollozos se ahogaban en su garganta.

Viendo el silencio, prosiguió él:

—Es mi porvenir...

Y tratando de disfrazar lo crudo del rompimiento, añadió:

—No obstante, si tú quieres... Lo dejo todo por tu amor.

María leyó claramente, a través de aquellas palabras, la mentira del amor que le ofrecían.

El novio, temeroso de que aceptara, indicó:

—Es mi porvenir, ¿sabes?

Y la mártir, heroicamente, doblegándose ante la ambición de él y como última prueba de su gran amor, musitó con voz queda, rota, como su corazón destrozado:

—Si, Juan. Es tu porvenir. Rompamos.

Hallábanse en el sitio aquel solitario donde tantas veces unieran sus bocas, antes, cuando eran dichosos, cuando el cielo de su felicidad no lo entristecían los convencionalismos, ni los prejuicios. Encontró ella en el lugar el valor suficiente para llevar a cabo su sacrificio.

—No me acompañes más, Juan. ¿Para qué?

Asintió él. Oprimió silenciosamente la mano pequeña, helada entonces, de la que había sido su novia. A pesar suyo, reconocióse pequeño ante la grandeza del amor de ella. Pero cobarde, temeroso del futuro, vió alejarse para siempre a aquella que aún amaba a pesar de todo su egoísmo, de toda su ambición.

Imperaban ya las sombras vespertinas... Allá a lo lejos empezaban a brillar los puntos relucientes de los faroles callejeros.

JOSÉ M.^a HUERTAS Y VENTOSA





AÑO IV :: :: SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES :: :: NÚM. 39

En esta sección colaborarán fácilmente los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

LA HERMANA BLANCA

Era un atardecer de invierno. El sol hundíase una vez más en su ocaso, empujado por la noche que, lentamente, extiende su manto encrustado de luces, a cuyo reflejo iluminan también las de la tierra. El humo de una fábrica sube hasta el cielo en una muda oración de gracias. Pícan los últimos pájaros y hácese el oscuro en los sitios que aún no iluminó el hombre...

En una sala del hospital todo es silencio, quietud, paz. Una dulce melancolía invade los corazones de los pobres enfermos.

Rompe aquel encantamiento de solemne sosiego la voz suave y dulce de la Hermana Blanca que reza el «Angelus». Todos contestan, y las sencillas palabras suenan como un eco, repitiéndose en distintas tonalidades hasta extinguirse.

Avanza entre los enfermos... Dibújase borrosamente su figura en la penumbra. Es gentil su silueta. La luz de una tenue mariposa le ilumina la cara. Es blanca como la azucena, de líneas bellas y pu-

ras, y se inclina humildemente como la azucena ya granada.

Todos quieren a la Hermanita Blanca. Su voz acariciaba al hablar. Era suave, nazarenamente bondadosa, y aguardaban su visita como la de un enviado celestial. Era melancólica y triste. Nadie sabía quién era ni de dónde venía. Pero todos querían a la Hermana Blanca, que a todos consolaba, de todo sabía y a todos de todo hablaba.

Y fué por culpa de un amor. Ella sabía que amar era sagrado, y amó con todas las fuerzas de su alma al ideal perfecto,

Si publicáramos todos los originales que para esta sección se nos envían, haría falta más de un millar de páginas en cada número. Forzosamente hemos de hacer la advertencia de que no se devuelven los originales que no se publiquen ni podemos sostener correspondencia con sus autores. Es imprescindible escribir al frente de cada artículo estas palabras: «Para LITERATOS NUEVOS».

que en la figura de un hombre había encarnado.

Amó como sólo saben hacerlo las almas grandes y buenas. Pero la vida... El hombre que, siempre humano y carnal, no sabía ni podía corresponder a tanta ideal grandeza. La vida... le reservó cruces desencantos, hiriendo su alma con los afilados puñales del desengaño.

Amargada, vencida de ver las bajezas de las pasiones humanas, hizosele insoportable el mundo y, poseída de místico fervor, consagró su vida y sacrificó su juventud, ofreciéndoselo todo a Dios, como Amado que siempre y eternamente corresponde. Consagróse al cuidado de los enfermos, y, desde entonces, la Hermana Blanca, esbelta como una azucena inclinada, vela el sueño de los enfermos y reza por el arrepentimiento del que tanto mal le hiciera.

—

Un día encontróse con un nuevo enfermo. Al verle experimentó una sensación extraña. Un presentimiento horrible le hizo huir instintivamente. Su deber era atenderle; se sobrepuso y se acercó para prodigarle sus cuidados.

El enfermo tenía los ojos hundidos, la boca abierta y reseca los labios por la fiebre en una mueca espantosa. Era una piltrafa humana. Aquel hombre era la sombra borrosa de su pasado; no era ni un asomo de lo que había sido. La vida habíale roído. Sólo ella habría podido reconocerle.

Como un susurro elevóse en la sala la voz acariciadora que rezaba el «Angelus», en una interrogación angustiosa.

—¿Alvaro?...

Abrió los ojos el enfermo lentamente, y al encontrarse sus miradas, estremecióse....

—¡Elena!

—¡Alvaro!

Permanecieron unos instantes: ella muda y absorta, enternecida y asustada ante el presente recuerdo de su pasado; él respirando angustiosamente en el espasmo de la agonía, luchando con la vida que, en aquel instante precioso, le abandonaba. En un supremo esfuerzo él pudo, al fin, balbucear:

—¡Perdóname...!

Ella puso su mano sobre la frente del moribundo, dióle a besar el crucifijo y, arrodillándose, con la voz entrecortada, suplicó:

—¡¡Perdónale, Señor!!...

MARI-ROSA

∞ ∞ ∞

A FELICITAS ORTIZ PÉREZ

Diaño

Era mañana clara de alegre primavera... A las puertas de la iglesia parroquial te tomaba gozoso en mis brazos, contemplando, entusiasmado, tus carnes alabastrias. Las regeneradoras aguas bautismales lavaban tu alma, purificándola de toda mancha y dejándola más blanca que la nieve que cubre los picachos del horizonte; teniéndote en mis manos recibí las primicias de tus inconscientes alegrías, y también las primeras manifestaciones del dolor... ¡Te envidiaba, a la vez que compadecía tu suerte, y al Cielo pedía muy de veras por ti!

¡Adorable criaturita: al volver a contemplarte hoy en mis brazos, sonriéndome agradecida, con sonrisa angelical, dibujada graciosamente en tu boquita de nácar, vuelvo de nuevo a envidiarte y compadecerte!

De la vida vas a emprender la espino-sa senda. ¡Que un hada buena presida siempre tu destino!, ¡que jamás la albura de tu rostro angelical se vea empolvada por el lodo del dolor!, ¡que nunca la pureza de tu espíritu inocente se vea empa-

ñada por el cieno del pecado! Penosa es la carrera, terribles las pruebas, amargo el cáliz que la vida ofrece envuelto por el perfume embriagador de unas rosas peligrosas; la recompensa está lejana y tanto más difícil de conseguir cuanto mayor sea. A cada paso que des por la espinosa senda saldrán a tu vista vilezas, traiciones, rencores, que te harán desmayar y desfallecer; una satánica farsa te rodeará por doquier, lisonjeando tu vida; el Dolor cubrirá con fatídica sombra siempre tu carrera, abandonándote sólo para buscarte nuevos sufrimientos que torturen tu alma. Pero no desmayes: levanta los ojos al cielo y, con la mirada puesta en Dios, marcha airosa y triunfa de todo! Desprecia, valerosa, esos señuelos con que el mundo traidor intentará seducirte; todo cuanto él pueda ofrecerte, a cambio de tu inocencia, es humo falaz que se disipa al soplo de una muerte inesperada. ¡No defallezcas! ¡Que tu paso por el mundo sea raudo vuelo hacia la Gloria! ¡Que sea tu vida triunfal paseo y llegues a conquistar pronto, incólume y valiente, la eterna recompensa prometida a los que saben luchar y vencer.

¡Inocente y candorosa criaturita: que un hada buena presida siempre, siempre, tu destino!

OLEGARIO DÍAZ-CANEJA
Maestro nacional

∞ ∞ ∞

AMANE CER CASTELLANO

Me visto medio adormecido y me salgo al campo. Es de noche. Los canes de las majadas alborotan con sus estentóreos ladridos la placidez de los prados dormidos.

Brillan las estrellas con toda su esplendidez en el azul del cielo, y la luna esconde su caraza de vieja matrona en

los pliegues de las neblillas que coronan las vecinas montañas.

Todo es obscuridad. No hay paisajes. Los árboles parecen espectros; los caminos apenas destacan su cinta cenicienta sobre el pardo-oscuro que lo envuelve todo.

Una tenue brisa agita débilmente las muertas hojas que sobre el suelo tendió el Otoño.

Pasa el tiempo. Allá en el Oriente, una vaga claridad recorta bruscamente el horizonte. La brisa se hace más fría, los canes redoblan sus ladridos como atacados por algún endriago.

Un murciélago pasa rozando mi cabeza en su huída hacia un escondrijo, temeroso de la nívea luz del día, que le ofusca y ofende.

La luz crece. Los contornos se forman sobre un fondo sanguinolento.

Van apareciendo los colores y dando un matiz especial a cada cuerpo que los posee.

A mis pies se abre tímida, humildemente, una florecilla silvestre.

Sobre una montaña que parece respirar fuego aparece una línea roja sangrienta: línea que se agranda más y más, hasta formar un círculo grande, majestuoso, dijérase un descomunal globo elevándose de la tierra hacia las regiones inmateriales del Olimpo.

Se eleva, y a medida que la distancia que le separa es mayor, la esfera se va transfigurando hasta ser un círculo brillantísimo que con sus cambiantes rayos hace imposible su contemplación.

Cierro los ojos y la maravillosa esfera sigue fija en mi retina; sobre fondo oscuro se destaca girando vertiginosamente y cambiando de color a cada momento.

Al abrir de nuevo los ojos experimento una impresión asombrosa. La Naturaleza se ha «vestido de sus mejores galas».

Todo es alegría y optimismo. El deli-

cioso canturrear de las alondras en los copudos árboles, el cantarino arroyuelo (que antes no se había oído) corriendo entre juncos y enea hacia su fin, el río; el balar de las ovejas, corderos y tiernos cabritillos, y hasta el ladrar horrisono de los perros, que parece que se ha suavizado; todo, todo contribuye a hacer deliciosa esta hora matutina.

Toda esa armonía, todo ese encanto que proporciona el orden produce un sedante efecto de quietud y un deseo ferviente de amar a Dios.

Vuelvo. Los rudos y esforzados gañanes entonan, al salir a surcar el duro suelo con la esteva, una canción amorosa...

Arriba el astro rey asciende majestuoso hacia el cénit por su soberbio camino sobre el azul purísimo del cielo.

FRANCISCO SÁNCHEZ RUÍZ

∞ ∞ ∞

E L B E S O A U S E N T E . . .

Si un beso de tus labios recibiera,
la risa de los míos reviviera.
Dame un beso y verás cómo despierta
la risa que en los míos está muerta.

ANTONIO FRÍAS NOGALES

∞ ∞ ∞

A Ñ O R A N Z A S

C Ó R D O B A

La indolente, la Sultana, como puede llamársele a esta bella tierra de la Andalucía, evocadora de la época de grandeza del Califato y en tiempo de los Abderramanes, en que las artes y las letras llegaron a su mayor apogeo.

Se me figura a mí esta bendita tierra como una mujer sentimental, de cara morena y ojos negros soñadores..., de cabellera ondulada con el mismo brillo de sus

pupilas, como esas mujeres que pinta Romero de Torres; recostada en un mullido diván: su paseo del Gran Capitán, que tiene por almohadones la preciosa Sierra, bordados con sus Ermitas, y recogiendo entre sus brazos el caudaloso Bétis, para enviar por su corriente besos amorosos a Sevilla, su hermana de raza, recordándole aquellos versos del gran Calderón, puestos en boca de Don Alvaro al evocar el recuerdo de su Leonor, perdida para él por las fatalidades del destino...

Sultana oriental tú eres, Córdoba; la que alegró las fatigas del gran Almanzor en sus agitadas luchas con los cristianos; tú eres la bellísima Az-Zahara, que significa «Flor del Harem», para quien Abderramán III mandó construir al pie de la Sierra de San Jerónimo el suntuoso palacio de los mil ensueños, que llevó su nombre, «Medina-Azzahara», y que, recostada en el mullido diván, con un laud caído de sus manos, sueña despierta al susurro de un melodioso surtidor, siguiendo con la mirada las contorsiones fantásticas del humo que arroja un oloroso pebetero...

Mujer hecha para amar en el silencio de un espléndido recinto, siendo a la vez reina y esclava del amor: y siendo el amor poesía divina, se ennoblece a mis ojos, elevándose por encima de todas las cosas materiales.

Ella es la flor que perfuma en las noches de verano los jardines del Serrallo... y es poesía sentimental, que se desprende del poema sinfónico del gran Albéniz, que lleva el nombre de esta bendita tierra de mujeres con sangre agarena y corazón de cristianas y que, envueltas en una aureola de sentimentalismo espiritual, saben compaginar el rezo con el amor...

MANUEL BENÍTEZ DE SOTO

Madrid.

POR TIERRAS DE EXTREMADURA

Noche de verano, no hará una docena de años. A las nueve, varios amigos, en nuestros borriquillos, salimos de Tejada, pueblecillo de la provincia de Cáceres, distante del río Tíetar unos ocho kilómetros, en dirección al Monasterio de Yuste, pues desde hacía algún tiempo, todos los que formábamos la caravana, amantes de recordar recuerdos añejos y conocer el lugar en que habitó y pasó sus últimos años el gran Emperador, nos guió a determinar el viaje...

Lo frecuente al trasladarse de un punto a otro con esta clase de medios de locomoción durante la noche, aunque aprovechamos una de luna muy clara, fué que los borriquillos dieron sus tropezones correspondientes, y algunos de los excursionistas (entre ellos el que describe, no todo lo bien que quisiera, esta modesta y mal hilvanada croniquilla), hubieron de caer por la parte delantera del jumento. Estos incidentes, como es natural, daban lugar a expansiones entre grandes risotadas, que nos iban distrayendo y haciendo que a alguno de los que les picaba el sueño reaccionara y avivara el sentido, hasta que ya, al venir el día, nos fuimos encontrando a algún que otro vecino del pueblecillo de Garganta la Olla, que iban con su yunta de borriquillos a ocuparse en las faenas agrícolas. Uno de ellos, por cierto muy viejecito, con su calzón corto, a estilo del país, abierto por los costados, y su chaleco de paño pardo, con su par de docenas de botones de cobre, distribuídos entre las dos prendas, muy gastados, por cierto (nada extraño, pues nos dijo que pertenecieron a su bisabuelo), nos hizo detenernos. Le alargamos un cigarro e hicimos un descanso. Nuestro buen hombre sacó un trozo de pedernal, con su yesca y eslabón correspondientes, y no hubo dado tres golpes cuando ya pudo ofrecernos fuego.

Hubo un momento de silencio mientras los fumadores encendieron sus cigarros. Desde el primer momento dedujimos que aquel respetable viejecito podía iluminarnos mucho en relación con nuestro viaje. Le inquirimos y se aprestó a darnos toda clase de detalles. A su modo, nos contó:

«Todos estos contornos y estos caminos y torcidos vericuetos tienen mucho de interesante. Por aquí pasaron, ha tiempo, nobles damas, muchas doncellas y caballeros armados que, en más de una ocasión, se disputaron el amor de alguna cruzando los aceros... El mismo Emperador, según los decires de nuestros antepasados, hubo de tener también sus más y sus menos, pues a pesar de su avanzada edad cuando se retiró a estos lugares, aún reunía suficientes energías para hacer frente a algún que otro atrevido galán, a quienes en más de una ocasión demostró su entereza de espíritu, castigándoles valientemente... Todo—sigue diciendo nuestro simpático comunicante—son decires de nuestros antepasados. ¡Vaya usted a saber! ¡Ha transcurrido tanto tiempo!... Lo único que aún está en pie y que admirarán cuando lleguen, son los enormes paredones del silencioso Monasterio de Yuste, en el cual pasó nuestro Emperador la última parte de su vida... ¡Allí podrán apreciar el valor histórico de aquel ruinoso edificio. ¡Qué lástima que no se haya conservado como otros tantos y declarado monumento nacional!...

»Todos los de esta tierra, al pasar por el portón que da entrada a esta silenciosa mansión, nos descubrimos en señal de respeto. Aún existe, como a unos ocho metros del portón que antes les he dicho, un tronco de nogal que fué plantado allí por el mismo Emperador... Seis de ustedes con los brazos abiertos, a buen seguro que no lo abarcarán... Junto a dicho tronco nace una fuentecilla de agua cristalina, en la que siempre, al pasar los na-

cidos en esta tierra hacemos alto, y no seguimos adelante sin antes saborearla...»

Nuestro viejecillo, antes de despedirse y de desearnos un feliz término en nuestra excursión, nos indica los caminos y veredas que hemos de seguir para llegar al Monasterio. Nosotros, reconocidos al bondadoso extremeño, que tan amablemente, con sus «decires», nos hizo pasar rato tan agradable, le seguimos con la vista hasta que traspuso por aquellos altos y bajos, hasta no distinguirlo, y así, haciendo cada cual los consiguientes comentarios de la buena oportunidad que habíamos tenido de encontrarnos a nuestro hombrecillo, llegamos junto al tronco del nogal que nos describiera aquél momentos antes.

Todo cuanto nos había dicho resultó cierto. La fuentecilla seguía manando agua pura y limpia... Paramos unos breves instantes antes de llamar al histórico Convento, explorando y admirando la hermosura de aquel campo, que la Naturaleza divina dotó de tan abundante flora...

Decidimos llamar a la respetable mansión. Por la parte exterior de la puerta cuelga una cuerdecilla. Tiramos y se deja oír el sonido de una campanilla... Unos instantes transcurren y sale a recibirnos un lego, todo sumiso, que nos permite la entrada. Le explicamos nuestro deseo, y solícito y amable, nos hace pasar, no sólo a nosotros sino que se apresta a acomodar a nuestros jumentos en las expansivas cuadras situadas a la izquierda entrando en el recinto.

Seguimos adelante, y a la derecha la vista se recrea. Allí está la huerta, que tan bien conservan y cuidan. Ricos árboles frutales la hermocean. Abundantes hortalizas y cereales llenan su suelo...

Varios sacerdotes toman el fresco mañana. Según el lego, son algunos que,

delicados de salud, pasan allí temporadas para confortar su espíritu y reponerse.

Llegamos a una especie de azotea, en donde el lego nos indica podemos descansar, mientras él va a avisar al Hermano encargado de la custodia de aquellos históricos lugares...

Pronto está a nuestra presencia... Con su luenga y respetable barba nos recibe afable y cariñoso. Después de los acostumbrados saludos, hace que pasemos al interior del Monasterio. Silenciosamente vamos siguiéndole, y él, atento y cariñoso, nos va relatando a lo que se dedicaba en tiempos cada estancia... Habían transcurrido muchos años, pero las recias vigas de algunos de los aposentos, aunque todas carcomidas, parecían dispuestas a no vencerse, para no enterrar tras de sí tantos históricos recuerdos...

Estamos en el humilde aposento en que cerró los ojos para siempre el gran Emperador. «Desde aquí—nos señalaba el Hermano—, por esta puerta de la izquierda, que da acceso a la Capilla, desde el mismo lecho, oía misa a diario, y aquí exhaló su último suspiro Carlos V.

Visitamos la Capilla a continuación, y en un apartado rincón se conservaba aún la caja de madera que guardó durante muchos años los restos del inmortal Emperador.

Terminada nuestra visita, solicitamos del Hermano su venia para comer allí, licencia que nos fué concedida. Volvimos a lo azotea en que dejamos nuestras provisiones, en la mesa y bancos de piedra que allí se conservan, desde donde se domina una inmensa extensión de terreno, y comimos apetitosamente.

Allá abajo en las llanuras se divisa desde aquí, como un camino formado por las aguas, el río Tiétar... Más allá al Sur, divisamos también la capital de Cáceres. Por la parte Norte, los picachos de la Sierra de Gredos y continuación de la

cordillera que pasa por la Ciudad de los Caballeros, ofrecen a nuestra vista bonitos paisajes.

Poco difícil hubiera sido haber restaurado y conservado esta olvidada mansión y hecho que por la ladera de esta sierra pasase un ramal de ferrocarril que, avanzando de Avila a Plasencia, pusiera en comunicación esta rica región extremeña.

¡Cuántos turistas extranjeros y de España no pueden visitar estos lugares, por no contar con medios de locomoción para poder efectuarlo!

Al atardecer, después de haber pasado unas horas memorables, poco a poco nos pusimos en marcha alejándonos del Monasterio, no sin antes agradecer al guardador de aquellos solitarios lugares la bondad con que nos acogió y explicó con todo detalle la historia de todo, pues al más melancólico haría reanimar y revivir su espíritu, respirando con toda la fuerza de sus pulmones el limpio aire que corre por las laderas de este rico y olvidado rincón extremeño...

HIPÓLITO MONTERO

∞ ∞ ∞

L O S M U N D O S

Desde la cima del monte los descubro. Aquí estoy contemplando a lo lejos el cuadro convulso del humano vivir; y, como siempre, la soledad me trae la obligada meditación.

Desde mi asiento descubro allá abajo, muy hondo, el pueblo en que nací; está a mi izquierda, y a la izquierda en este momento inclino mi cabeza en actitud de observación.

Es día festivo. Las personas van y vienen por las calles y por los paseos en continuo hormigueo. A mis oídos llega, conjuntamente y en completa confusión y disonancia, el rumor de la vida. Veo caminar a unos; descansar a otros; otros no se mueven jamás. Cantan los mozos,

lloran los pequeños, las viejas murmuran y las mozas se exhiben núbilmente. Por allá me parece ver a mis amigos, y un poco más distante acaso es quien sembró dolor en mi alma...

Mil ideas y recuerdos golpean en mi mente; afectos, desengaños, tragedias, placeres, dolores, alegrías, tristezas; todo mi pasado y mi presente, y a la vez el pasado y el presente de los demás que se están moviendo ante mis ojos...

Aquel que yo veo detenerse fué en su juventud el andante infatigable del sendero del vicio; consideró la vida como juego de caprichos; malgastó, burló, despreció los consejos de los que intentaron volverlo al camino del bien; no puso freno a sus pasiones y rodó en vertiginosa carrera, como era de esperar, al abismo sin fondo del fracaso de su vida. Hoy lo veo apartado, afligido, pesaroso, arrepentido de sus pasados yerros, deseando, quizá, volver al buen vivir; pero la mancha de su conducta no desaparece; y entre sus convecinos, que no ignoran hasta el último detalle de su vida, no encuentra el apoyo moral que necesita para su redención.

Aquel otro que camina sin sosiego va en busca de un amor que nunca llega; ni llegará, tal vez. Ella desprecia a él, y él no puede apartarse de ella. Pero él conoce, por inconfesable razón de su entendimiento, la inutilidad de su cariño, y no se aparta, y no retrocede; intenta retirarse y sus piernas no le llevan; quiere apagar la llama de esa pasión, y le falta el soplo valiente...

Aquel solitario, que parece oveja descarriada del rebaño, llegó a las puertas del matrimonio; pero la inconstancia de la mujer que había elegido para compañera lo dejó en la calle. Y ahora recuerda y sufre. ¿Por qué no aparta los ojos olvidando a esa mujer?

Aquel otro ha recibido ofensas y humi-

llaciones; va siempre cabizbajo y medroso.

Aquel otro... ¡Cuántas pasiones, cuántas llagas morales veo desde aquí! El mundo lo miro ahora muy bajo, allá hondo, muy hondo... El misterio me oculta muchas cosas que no puedo descubrir, pero que adivino en el secreto de la vida. Acongojado mi espíritu, retiro mis ojos de tanta miseria; y vuelvo mi cabeza para descubrir otro mundo de pasiones y de misterios. Es el otro pueblo que está en el valle de mi derecha. También, como en el anterior, veo en continuo movimiento al hormiguero humano; también penetro en el fondo de las conciencias con mi pensamiento y recibo las mismas impresiones.

Pero este mundo, nuevo para mí, que he descubierto ahora a mi derecha no sabe del otro mundo de mi izquierda, y las pasiones se desenvuelven independientemente en uno y otro.

Cualquiera que de un pueblo se colocase en mi plano de observación, vería ridículas las pasiones del otro pueblo, porque lo desconocido tiene aquí su papel importante. No comprendería seguramente el porqué de muchas locuras e insensateces, ya que nada hay más inexplicable que la pasión ajena.

Yo veo los dos pueblos a la vez; y también, allá lejos, otro pueblo más; y otro, y otro... Yo no he podido, como nadie puede, ocultarme a la ley de la vida; he tenido pasiones, porque el corazón humano necesariamente se inclina al amor y al odio. Pero en este momento que estoy contemplando tanto mundo, tanto centro de vida independiente uno del otro, llega a mi mente un pensamiento salvador. Y es que, dando al olvido las miserias, las bajezas, los oprobios y los dolores, y saltando rápidamente a otro centro distinto, donde todo es desconocido y nuevo, siéntese el consuelo de una vida en germen, borrando por la

distancia y por el encanto sugestivo de empezar a vivir el amargo sabor de la vida que se deja.

La Humanidad debiera aprovecharse del misterio encerrado en cada mundo, considerando el cambio de un mundo a otro como una gran medicina moral.

RIBABEL

∞ ∞ ∞

EPISODIOS DE LA VIDA

A mi amigo José M.^a Boadas

Aposentado al fin en tierras montañosas, imaginábase todavía, como un eco que zumbaba en sus oídos, el trajín ruidoso de la ciudad lejana que perdió con sus burdas magnificencias, y, para siempre, el empuje de un alma inocente que, volando en alas de una ilusión fantástica, sucumbió al poder maléfico de quimeras juveniles.

Sentado a la terraza del balneario en cómodo sillón de mimbres, medio adormilado y apartado totalmente de la realidad del lugar en donde se hallaba, cruzaban con rapidez por su imaginación alborotada los recuerdos todos de su vida acelerada, fase por fase, gozando con la reproducción mental de aquellos momentos vividos, que a la postre lo redujeron, como premio a sus alardes fanfarrónicos de varón bizarro y consciente de sus actos, a un ser inútil, de una insignificancia más triste que despreciable y más cadavérica que bizarra... Y viviendo sólo de sus recuerdos, preñados de una locura invisible, pasaba horas y más horas sentado en aquel sillón de mimbres, luchando con la muerte, que paso a paso, minuto a minuto, iba apoderándose del cuerpo aniquilado, impotente y horripilante de aquel desgraciado, que lanzóse al abismo confiado en el poder de su juventud, sin contar que al fondo podía encontrar el pago a su temeridad altiva y burlona.

MIGUEL TUBAU SERRA

¡COMPRADORES
Y REVENDEDORES,

ATENCIÓN!

**La más formidable Casa
de máquinas de escribir**



ORGA PRIVAT

La mejor máquina de oficina, de 12 kilos de peso.

Ptas. 755

ORGA
STANDARD

La incomparable, la tipadora monstruo, la que siempre da satisfacción.

UNDERWOOD
5, 3/12, 3/14, último modelo.

UNDERWOOD
todos modelos, reconstruidas.

MÁQUINAS DE OCASIÓN
de todas las marcas, precios increíbles, verdaderamente tirados.

Remington, Royal, Underwood y Corona, portables, nuevas

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Ventas a plazos. Condiciones liberalísimas.

Casa Orga

Caballero de Gracia, 24

APARTADO 159

Teléfono núm. 16.714

Madrid

“NOVELAS ESPAÑOLAS,” Por 12 pesetas, 12 duros en libros

«Novelas Españolas» aparecerá en Enero de 1929, en volúmenes mensuales de unas 300 páginas, de exactamente igual presentación en tamaño, papel y portadas que los libros que suelen venderse a 5 pesetas. El suscriptor recibirá, en paquete certificado, un libro todos los meses, según vayan apareciendo. Los dos primeros tomos de la colección publicarán las doce *Novelas Ejemplares de Cervantes*. Y seguirán luego novelas escogidas de los mejores autores españoles. El precio de la suscripción anual es de 12 pesetas. Se agregan 2 pesetas más para gastos de los doce envíos certificados. Resultándole al suscriptor por 1 peseta cada volumen igual que los que se venden a 5 ptas., al fin del año podrá decir que ha obtenido **POR 12 PESETAS, 12 DUROS EN LIBROS.**

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. Señas

..... se suscribe por un año a la colección mensual «*Novelas Españolas*». Las 14 pesetas importe de la suscripción y gastos de certificados, las pagará cuando le presenten en su domicilio el recibo o contra reembolso del primer volumen.

Firma:

Dirija este boletín a LETRAS REGIONALES, Maese Luis, 22, CÓRDOBA (España)

Corresponsales Exclusivos bien retribuidos, en todas las poblaciones

LETRAS REGIONALES está organizando en todas las poblaciones de España y América corresponsalías exclusivas, para suscripciones, anuncios y encargos de impresos de todas clases. En poblaciones de cierta importancia, el ser corresponsal exclusivo de LETRAS REGIONALES puede constituir un gran medio de vida y un buen porvenir.

DIRÍJASE PIDIENDO DETALLES A LETRAS REGIONALES, CÓRDOBA (ESPAÑA)

D.

Profesión

Señas detalladas

desea conocer detalles de las corresponsalías exclusivas de «*Letras Regionales*» para suscripciones, anuncios e impresos.

NOTA: En los nombramientos de Agentes Exclusivos serán preferidos los que trabajen esta clase de asuntos y den mejores referencias.

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

Oferta Extraordinaria

Anuncios económicos y de resultado

LETRAS REGIONALES ofrece a los comerciantes e industriales de toda España un medio de anunciar en condiciones ventajosísimas. Por lo que suele gastarse en un anuncio solo de un día, puede estarse anunciando un año entero en toda España, hasta en los rincones más apartados. Examine Vd. un número de LETRAS REGIONALES, vea los regalos que concedemos a los suscriptores, y comprenderá fácilmente la difusión de esta Revista y lo que convendrá a sus intereses estar anunciado, por una cantidad relativamente insignificante, un año entero.

TARIFA DE SUSCRIPCIONES DE PUBLICIDAD

POR UN AÑO, O SEA DOCE INSERCIONES

Una página	1.200	pesetas
Media página	700	»
Cuarto de página	400	»
Octavo de página	250	»
Octavo de columna	150	»
Una página entera preferente: en las cubiertas o frente a texto	2.000	»
Una página artística en colores, en sitio preferente	2.500	»

UN ANUNCIO COMO ESTE sólo costará a los suscriptores de la Revista DIEZ PTAS. AL AÑO

En las suscripciones de publicidad paga el anunciante escasamente el papel en blanco que consume su anuncio.

Para inserciones sueltas, pídase tarifa.

Boletín de Suscripción de Publicidad

(DIRÍJASE A LA ADMINISTRACIÓN DE LA REVISTA, MAESE LUÍS, 22, CÓRDOBA)

La Casa.....

se suscribe al espacio de (una página o lo que se desee)

por un año (doce inserciones, una cada mes, del texto que se acompaña), a contar

desde el mes de de 192..... El importe de esta publicidad

contratada, total pesetas (escribase en letra la cantidad)

....., lo pagará en plazos mensuales, una vez comprobada cada inserción, por una letra a su cargo girada por la Dirección de «Letras Regionales».

(Firma y sello)

Fecha:

IMPRESOS

Libros, Folletos, Revistas, trabajos para el Comercio, Corporaciones y particulares; impresos de lujo y económicos en condiciones inmejorables.

LETRAS REGIONALES ofrece sus talleres de imprenta a los suscriptores de la Revista y a nuestros lectores en general. Contamos con maquinaria moderna para ejecutar toda clase de encargos. Nada de reclamos con palabras altisonantes. Nada de competencias llamativas. Nuestros talleres se han montado con el objeto principal de atender a nuestras publicaciones, por lo cual, dedicándolos también a otros impresos, no es el negocio el fin que perseguimos, sino más que nada, complacer a muchos de nuestros abonados que con ese fin nos han preguntado muchas veces, manteniendo así con ellos relaciones más intensas. Queremos demostrar con números y en la realidad las ventajas que LETRAS REGIONALES ofrece en toda clase de encargos de impresos: libros, folletos, revistas, trabajos para el comercio, corporaciones y particulares. Cada día es mayor el esmero que se pone en la presentación de las cartas, de las circulares, de todo lo que se refiere al movimiento exterior de toda clase de empresas. Por uno de sus impresos se juzga a una persona y a una Casa. Presente usted sus impresos pulcramente, con sello moderno y elegante, y ganará usted muchas veces el cincuenta por ciento de atención.

Aunque sólo sea por curiosidad, dirijase a LETRAS REGIONALES solicitando presupuesto de cualquier impreso que necesite o que tenga proyectado. Nada perderá usted. Al contrario: seguramente se alegrará, quedando complacido y ahorrándose muchas pesetas.

Boletín solicitando presupuesto

(Remítase a LETRAS REGIONALES, Maese Luís, 22. Córdoba)

D.

Señas

solicita presupuesto del encargo de impresos que al pie detalla. Este presupuesto ha de ser gratuito y sin compromiso de ninguna especie.

Firma (y sello de la Casa, si se pide el presupuesto en nombre de alguna Entidad).

Detalle de lo que se desea

Añádanse las hojas en blanco que hagan falta.

PATRIA Y HOGAR

es el acontecimiento editorial de este año. Es el libro más sugestivo y documentado para cantar las glorias de la Patria y de la mujer española.

Los pedidos al autor:

P. A. Villanueva E. P.
Pamplona

ELECTRO-HARINERA
DE SAN JUAN

Risco y Pozo.—Las mejores harinas de Extremadura.—Orellana la Vieja.—(Badajoz)

La B. Bernardita
Soubirous

3,50 encuadernada en tela.

Pídase al traductor

Don Francisco Pérez Rodríguez
Piñeres - Aller
(Asturias)

Deseando adquirir TIPOS
y otros útiles de
IMPRESA

ruega envíen catálogo y
condiciones de venta

G. GABALDÓN
NUEVA CARTEYA
(Córdoba)

Oficina de Farmacia
BADIA

Centro de específicos nacionales y extranjeros.

Aguas minero-medicinales
Sección de ortopedia

Irrigadores, termómetros, medias de goma, tetinas y chupadores, peras de goma, pulverizadores, sacaleches y ventosas, gasas, vendas y algodones. Gran surtido en bragueros.

Elaboración esmerada de toda clase de fórmulas, con medicamentos de marca, por el farmacéutico

D. José Badía y Claret
Torres Amat. núm. 17

SALLENT

Manuel del Pozo
Sánchez

Jefe molinero de la Electro
Harinera San Juan

Orellana la Vieja
(Badajoz)

H. Garrido

Habitaciones
independientes

=

Servicio
esmerado

=

Juan de Mená, 3.-CORDOBA
(Justo a la Plaza de Capovas)

Cuarto
de baño

=

Precios
económicos

=

NOVELAS EXTREMEÑAS

DE

A. REYES HUERTAS

«Los humildes senderos»
«La sangre de la Raza» «Agua de turbión»
«Fuente serena»
«La ciénaga» «Blasón de almas»
«La Colorina»

De venta en todas las buenas librerías

¡GRAN ÉXITO DE LIBRERÍA!

“FRUTA DE ARAGÓN”

POR G. GARCÍA-ARISTA Y RIVERA

Envío 1.º—*Enverada*
» 2.º—*Excoscad*,
» 3.º—*Abatollada*

En todas las buenas librerías

Juan María Sanz
Ramírez

Maestro de obras y electricista de la Electro-Harinera
San Juan

Orellana la Vieja
(Badajoz)

Manuel Caballero
Palma

Corresponsal de la Editorial Castro

Se admiten representaciones

Orellana la Vieja
(Badajoz)

ANUNCIOS

para toda la Prensa de España

GRANDES DESCUENTOS

STAR

MONTERA, 8

Apartado de Correos número 12.075

MADRID

LEED

las obras de

M. Cladera
Palmer

«El valor moral del hombre»

«La libertad de espíritu»

«El hombre que se descubrió a sí mismo»

Pedidos al autor

Palma de Mallorca

